

Las fuentes ideológicas de la Revolución rioplatense: el debate historiográfico

GUSTAVO H. PRADO
Universidad de Oviedo

La historia del quiebre de los vínculos intelectuales entre Argentina y España es, en buena medida, la historia de una exitosa revolución municipal que garantizó, si no el inmediato nacimiento de una nueva nación sí, al menos, el repudio de un «pacto colonial» herido de muerte por la intervención británica en el Río de la Plata y por la intervención francesa en la propia Península.

Este corte político, ahondado por la prolongación de las guerras de independencia americanas tras la caída del sistema napoleónico, implicó una importante cesura en la vida socio-cultural de los sectores encumbrados de la sociedad rioplatense. La dinámica del proceso político abierto en 1810 propició la disolución de muchos de los vínculos que unían a peninsulares y criollos alrededor de las actividades comerciales, burocráticas y militares. Aquellos violentos años azuzaron la intransigencia de realistas —los cuales no eran todos peninsulares— y revolucionarios —que tampoco eran todos criollos—, justificando una política represiva que se sirvió de expropiaciones, deportaciones y fusilamientos para anular la influencia de individuos y grupos manifiesta o potencialmente contrarrevolucionarios.

En este contexto, el diálogo entre las elites letradas y el mundo intelectual español —otrotra fructífero y prometedor de una reforma social y económica— se truncó inevitablemente, colapsando, de esta forma, el circuito mediatizado que permitía a los sectores ilustrados del Río de la Plata contactar con el pensamiento europeo a través de una lectura moderada de la fisiocracia y del libera-

CES.XVIII, núm. 15 (2005), págs. 175-207.

lismo, y de un acceso a una carrera superior en las universidades altoperuanas y españolas.

Esta ruptura ha sido tan honda y sus efectos tan prolongados que aún cuesta pensar en el desarrollo de la intelectualidad argentina en el siglo XIX y de buena parte de ella, en el XX, sin establecer, al menos intuitivamente, una relación inversa entre el legado hispano y la modernidad cultural.

Sin embargo, toda intuición merece, cuando menos, una problematización; máxime cuando aquella ha sugerido una proyección retrospectiva de este desencuentro, desestimando la existencia de importantes vínculos intelectuales entre las elites letradas criollas y el contexto ideológico y cultural español del siglo XVIII.

Por supuesto, esta perspectiva heredada de los pensadores más notables de la «Generación del 37», como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría y Juan María Gutiérrez, ha sufrido un duro ataque desde el segundo tercio de nuestro siglo por parte del movimiento historiográfico revisionista, cuya «contrahistoria»¹ se sustentó, en buena medida, en una exaltación de la raíz hispánica del «ser nacional».

El extenso contencioso abierto en torno a éstas y otras cuestiones del pasado argentino y la virulencia inusitada del debate que pretendía zanjarlo —cuyo fundamento se situaba en el terreno de las convicciones políticas²—, inmovilizó buena parte de la investigación histórica³, obsesionada por hallar las auténticas fuentes de la nacionalidad. En otro sentido, esta confrontación no hizo sino confirmar que la noción de revolución estaba en el punto de partida de toda la historia de la Argentina como nación y que, por eso mismo, las distintas respuestas al dilema de la identidad rivalizaban por imponer una imagen de esa ruptura con el pasado colonial⁴.

A efectos de indagar acerca de la evolución de la consideración historiográfica de los vínculos intelectuales hispano-rioplatenses, tomaremos como referencia el aporte de la moderna historiografía profesional que, desde los años 60,

¹ Véase Diana QUATTROCCHI DE WOISSON, «Historia y contra-historia en Argentina, 1916-1930», en *Cuadernos de historia regional*, n.º 9, Universidad Nacional de Luján-Eudeba, Luján, 1987, págs. 34-60, y de la misma autora: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995.

² Tulio HALPERÍN DONGHI, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, págs. 6-8.

³ Un análisis sobre las diversas causas —políticas e intelectuales— de esta inmadurez puede encontrarse en el artículo de Natalio R. BOTANA y Ezequiel GALLO, «La inmadurez histórica de los argentinos», en Carlos FLORIA y Marcelo MONTSERRAT (comps.) *Pensar la República*, Buenos Aires, Persona a Persona, 1977, págs. 19-33.

⁴ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (1961), Buenos Aires, CEAL, 1985, pág. 119.

logró introducir un análisis superador de las viejas interpretaciones políticamente instrumentales del pasado argentino.

Un buen punto de partida para organizar el estado del conocimiento acerca de nuestro tema es, entonces, interpelar a esta moderna historiografía en busca de una solución a aquel aspecto del debate de las fuentes ideológicas de la revolución que aquí nos interesa. La pregunta que se impone es, entonces, si es posible hablar de la existencia de lazos entre el mundo intelectual hispánico y el rioplatense entre fines del siglo XVIII y principios del XIX que permita explicar —al menos en parte— la evolución ideológica y política que llevó a la elite criolla a repudiar el vínculo colonial; o si, por el contrario, sería adecuado considerar al desarrollo del pensamiento revolucionario rioplatense como completamente extraño a una tradición española, caracterizada como sustancialmente reaccionaria.

Esta inquisición tuvo abundantes respuestas negativas, tanto desde la interpretación histórica liberal —propensa a minimizar esos vínculos y despreciar el aporte español, frente al francés, británico y estadounidense—; como desde algunas de las diversas perspectivas que habilitó la emergencia de un nacionalismo revisionista, que oscilaba entre la tentación de proponer la idea de una revolución congruente con los valores hispánicos y la tentación de denunciar el exotismo antipopular de la elite revolucionaria⁵. No es casual, entonces, que pueda verse en los textos iniciales de esta moderna historiografía una marcada voluntad de terciar en el debate y plantear alternativas profesionalmente sólidas y científicamente válidas a las visiones por entonces circulantes.

Las investigaciones desarrolladas en los últimos cuarenta años por Tulio Halperín Donghi y José Carlos Chiaramonte, han resultado decisivas para imponer una visión alternativa del ciclo revolucionario rioplatense y de sus problemáticas intelectuales, superando —desde una práctica profesional y no partidaria o confesional—, tanto la hispanofobia de la tradición liberal, como la hispanofilia

⁵ Un singular intento de superación de esta dicotomía fue planteado por Ricardo Levene quien, en el marco de una reinterpretación estructural y continuista del fenómeno revolucionario, propuso el desarrollo autóctono de la ideología de los revolucionarios rioplatenses. Es interesante observar cómo Halperín Donghi valora este intento: «Desde los *Orígenes de la democracia argentina*, donde domina aún la imagen mítica, hasta el *Ensayo sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno* se va dando ese tránsito: el punto de llegada está constituido por el descubrimiento de una tradición jurídica, rica en elementos humanísticos, que ya en la colonia hace triunfar criterios que se creía surgidos con la Revolución. Desde Solórzano y Pinelo, a través de Villava, hasta Moreno, la jurisprudencia barroca deja así un legado que harán suyo los teorizadores de la monarquía ilustrada y los representantes de la Revolución, que triunfará aún en el más avanzado de los revolucionarios, en Moreno. Pero estas caracterizaciones según épocas históricas significan ya una abusiva ampliación de los enfoques de Levene: el no ve esta tradición jurídica sumergida en la viva corriente de la historia cultural española; es creación autónoma, dotada de una legalidad propia, situada al margen de las peripecias histórico-culturales a través de las cuales se desenvuelve». (Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 13).

de la Nueva Escuela Histórica⁶ y del postrer Revisionismo⁷. Sus obras, centradas en aspectos propiamente políticos e ideológicos del proceso independentista, no dejan de significar, sin embargo, una contribución decisiva a la comprensión de las condiciones de existencia y disolución de esos vínculos intelectuales.

Claro que señalar esta común oposición de Halperín y Chiaramonte a la Nueva Escuela y al Revisionismo no supone proponer la existencia de una coincidencia de criterios entre quienes comparten cierta experiencia de vida, unos criterios metodológicos y un esquema de socialización universitaria del conocimiento historiográfico, pero no, ciertamente, los valores de una misma tradición político-ideológica.

España como muralla intelectual en la obra de T. Halperín Donghi

Luego de leer los libros y artículos que Halperín dedicara a la independencia argentina, un lector informado detectaría fácilmente el propósito central de su intrincado cultivo del matiz en el análisis político: reinstalar la idea de que a partir del *25 de Mayo de 1810* se produjo una fisura en la evolución histórica del Río de la Plata de la que se derivará la posterior construcción de la Nación Argentina.

Reconocer este eje estructurador para la obra de Halperín nos permitirá, además de hallar una clave de lectura fructífera, comprender su intervención como una respuesta contundente, no tanto a los balbuceos argumentales del Revisionismo⁸, sino a la interpretación de la Nueva Escuela Histórica.

⁶ Sobre esta influyente y poderosa escuela historiográfica que reunió, entre otros, a Ricardo Levene, Emilio Ravignani y Rómulo D. Carbia, véase: Nora PAGANO y Miguel Ángel GALANTE, «La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del centenario a la década del 40», en Fernando DEVOTO (ed.), *La historiografía argentina en el siglo XX (I)*, CEAL, Buenos Aires, 1993; María Cristina de POMPERT DE VALENZUELA, «La nueva escuela histórica: una empresa renovadora», en AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, tomo I, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995; Fernando J. DEVOTO, «La enseñanza de la historia argentina y americana. 3. Nivel superior y universitario. Dos estudios de caso», en AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, tomo II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995; Gustavo Hernán PRADO, «La historiografía argentina del siglo XIX en la mirada de Rómulo Carbia y Ricardo Levene: problemas y circunstancias de la construcción de una tradición (1907-1948)» en Nora PAGANO y Martha RODRÍGUEZ (comps.), *La historiografía rioplatense en la posguerra*, Buenos Aires, Editorial La Colmena, 2001, págs. 9-37.

⁷ Sobre el Revisionismo y su contexto ideológico, véase además de los textos ya citados: Tulio HALPERÍN DONGHI, «El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional», en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, págs. 107-126; Fernando J. DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina Editores, 2002.

⁸ Es obvio que este autor no debate —salvo muy contadas excepciones— a través del análisis de caso con las interpretaciones revisionistas, sino que reserva las críticas e impugnaciones generales para sus

En efecto, ya en un texto temprano —aparecido en la coyuntura abierta por el derrocamiento de Juan Domingo Perón—, los rivales de peso elegidos por Halperín no son los «truchimanes» revisionistas servidores del régimen depuesto —a quienes critica, sin embargo, ácidamente—, sino los «estudiosos adictos a la neutralidad erudita» es decir, los historiadores de una escuela que disolvía las contradicciones de la historia sin proponer alternativas comprensivas capaces de estructurar una interpretación significativa del pasado. Esta armonización artificial habría sido la característica de una escuela que «con Ricardo Levene había rechazado la violenta contraposición entre despotismo colonial y libertad revolucionaria; con Emilio Ravignani había rechazado la imagen heredada de la época de Rosas, como período de lucha cerrada entre la libertad y la tiranía» sin optar por un marco en el que insertar su erudición y sin comprometerse con ninguna idea de la historia. Así, según Halperín:

La Nueva Escuela no eligió nunca; iluminó su imagen del pasado con una vaga luz crepuscular que borraba todos los rasgos originales, e identificó alegremente la Contrarreforma con la Ilustración, y dio un retrato de Juan Manuel de Rosas que acaso hubiera sido igualmente válido para don Pastor Obligado. Es lo que los historiadores de la Nueva Escuela llamaban orgullosamente historia erudita y documentada, que proclamaba un gigantesco progreso sobre el anterior y más despreocupado modo de hacer historia⁹.

Con el objetivo de superar la visión romántica de la revolución comprometida con las ideas de cambio total o de materialización de la esencia atemporal de la nacionalidad, la interpretación de la Nueva Escuela habría explorado apresuradamente las continuidades entre la revolución y el pasado colonial. Así, pretendiendo una renovación de las nociones empleadas para comprender el pasado, se habría terminado por disolver la Revolución en una tranquila y secular evolución.

Años más tarde, Halperín lanzó una advertencia —en un tono bastante menos beligerante— que no deja de tener blanco privilegiado en quienes aún dominaban los espacios tradicionales de la historiografía profesional:

escritos sobre historia de la historiografía, en los que tanto el revisionismo como su contracara liberal aparecen desmenuzados más como un fenómeno intelectual a estudiar, que como una visión historiográfica legítima con la que es pertinente polemizar. Véase especialmente Tulio HALPERÍN DONGHI, *El revisionismo histórico argentino* y, del mismo autor, «El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional» (1984), en Tulio HALPERÍN DONGHI, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, págs. 107-126.

⁹ Tulio HALPERÍN DONGHI, «La historiografía argentina en la hora de la libertad», en Tulio HALPERÍN DONGHI, *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1995, págs. 19-20.

La noción de revolución está entonces en el punto de partida de toda la historia de la Argentina como nación. ¿Habrá de sorprendernos entonces que las perplejidades que el destino de nuestra nación despierta se vuelquen de inmediato en la imagen que de esa revolución se hacen los argentinos? No, sin duda; tampoco se hallará nada ilegítimo en una renovación de las nociones utilizadas para entender el pasado que se apoya en una más lúcida —o más atormentada— imagen del presente. En nombre de ninguna ortodoxia política sería lícito poner límites a ese esfuerzo renovador... Pero, a los que con tanta audacia, a veces con tanta sutileza, a veces con tanta malicia (y aun malignidad) intentan renovar la imagen de nuestro surgimiento como nación sólo sería acaso oportuno recordarles un hecho demasiado evidente para que parezca necesario mencionarlo, un hecho que, por ocupar el primer plano del panorama, es sin embargo fácil de dejar de lado: que lo que están estudiando es, en efecto, una revolución¹⁰.

Dado que el esfuerzo de la Nueva Escuela Histórica se concentró en el plano, siempre especulativo, de la genealogía ideológica, no es sorprendente que una obra como la de Halperín —que explica la secesión del Río de la Plata por la evolución de la política europea— haya principiado con un serio intento de rebatir las tesis del hispanismo revolucionario presentadas por la historiografía académica.

Fruto de ese contrapunto es su *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, libro en el que intenta insertar los episodios independentistas en la «secuencia de ascenso, apogeo, decadencia, reforma y disolución de la monarquía española moderna»¹¹, y en el que argumenta que, pese a cualquier intento de reconocer afinidades entre las ideas revolucionarias y las del antiguo régimen, las primeras se estructuraron «como un instrumento ideológico para negar y condenar todo un pasado»¹². Circunstancia que impediría desestimar la innovación radical que implicó la adopción del mito revolucionario como fundamento legitimador del movimiento independentista rioplatense¹³.

¹⁰ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 119-120.

¹¹ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 7.

¹² Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 12.

¹³ La percepción de los actores de la revolución acerca del hecho político que protagonizaron debe ser un elemento a tener en cuenta en la argumentación del historiador, sin embargo no parece muy convincente que esta percepción deba determinar un juicio historiográfico o pueda arbitrar en una polémica sobre el carácter de la revolución tal como parece desprenderse de la opinión de Halperín. Sin embargo, el equilibrio que propone Halperín para integrar a la vez elementos continuidad objetiva y visiones subjetivas de ruptura nos parece irreprochable: «La continuidad entre pasado prerrevolucionario y revolución puede —y acaso debe— ignorarla quien hace la revolución; no puede escapar a quien la estudia históricamente, como un momento entre otros del pasado. Pero al mismo tiempo éste no puede ignorar que esa continuidad se da a través de lo que —llegue

Por supuesto, lejos de cualquier postura reduccionista, Halperín no dejó de reconocer que esas ideas surgieron o se adoptaron dentro de la realidad prerrevolucionaria que vinieron a condenar¹⁴.

Esta concesión reintroduciría, aparentemente, la tensión entre la tesis de la «innovación» y de la «derivación» que evoca quizás, una tensión entre el imprescindible análisis de la lógica de las proposiciones filosóficas y políticas, y el también insoslayable análisis histórico de su conformación y desarrollo. Sin embargo, antes de anunciar cualquier inconsistencia, debemos preguntarnos cómo entiende Halperín el florecimiento de esa impugnación radical en un contexto intelectual tan poco propicio para tales formulaciones. En ese sentido, en tanto no se contempla la posibilidad de que la ideología revolucionaria y sus mitos hallen sus precedentes en la tradición política española o se deduzcan de ella¹⁵, su irrupción vendría a llenar el vacío de legitimaciones ideológicas que creaba, por un lado, el colapso de la fe en el ideal de la monarquía católica hispánica y, por otro, el planteo de unos objetivos políticos irreconciliables con el mantenimiento del orden colonial tras los acontecimientos de 1810. Fenómenos, ambos, que devienen de la concatenación de hechos políticos locales e internacionales que indican la inviabilidad del imperio americano y el ocaso de España como potencia mundial.

En el orden internacional la historia del colapso del imperio se iniciaría, paradójicamente, con el intento de revertir la decadencia que emprenden los Borbones desde mediados del siglo XVIII con una serie de iniciativas económicas, políticas, militares y administrativas. Medidas que no sólo buscaban reordenar las relaciones entre la metrópoli y sus colonias, sino desplazar a España hacia un sitio menos marginal en el moderno sistema mundial¹⁶.

Si este «esfuerzo enorme de adaptación a un mundo cada vez más peligroso» supuso, tal como cree Halperín, un diagnóstico sobre la propia fragilidad e insuficiencia de fuerzas, ello habría anticipado un desequilibrio entre objetivos y medios que podría explicar el fracaso de esta ambiciosa experiencia, en tanto

a ser lo que sea— se propone constituir una ruptura total». (Véase Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 10).

¹⁴ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 9.

¹⁵ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 17.

¹⁶ «Que el resurgimiento de las potencias ibéricas tiene por precondition un control más completo y seguro de la economía de sus colonias parece entonces una conclusión evidente. La importancia capital de esa precondition parece deducirse con igual claridad de la que tienen las colonias en el cuadro español y portugués: a mediados del siglo XVIII es ya lugar común —y no sólo entre los enemigos de ambas potencias— que en España las Indias son lo principal y la metrópoli sólo accesoria; para Portugal esto parece aún más obvio. Hay todavía más: la ya evocada transformación del sistema europeo en mundial acrece la significación de las regiones no europeas, a la vez como botín y como teatro de las rivalidades entre las potencias». (Tulio HALPERÍN DONGHI, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850*, Madrid, Alianza, 1985, pág. 18).

esa «tentativa de consolidar el lazo colonial va a desembocar en unas décadas en la disolución de ese lazo»¹⁷.

Claro que en esta interpretación ese fracaso no es tanto el resultado de la insuficiencia del esfuerzo renovador, como de la inmersión de España en el ciclo de conflictos europeos una vez que concluye el reinado de Fernando VI y con él el intento de delinear una política exterior neutralista.

En 1761 la guerra con Inglaterra llevaría a la reformulación del pacto de familia entre los Borbones españoles, franceses e italianos. Colonia del Sacramento sería arrebatada a los portugueses, pero la proyectada invasión de Portugal fracasaría y La Habana y Manila serían tomadas por los británicos. La paz devolvería la fortaleza rioplatense a los Bragança; las ciudades cubana y filipina a su antigua metrópoli, transfiriendo La Florida española a Gran Bretaña y, en compensación, la Louisiana francesa a España. El resultado de este conflicto habría sido peligroso para España no por esta permuta de territorios en particular, sino porque la derrota de Francia era la contrapartida ineluctable de la hegemonía inglesa en ultramar tras el fin de la Guerra de los Siete Años.

La guerra de 1776-78 entre España y Portugal —mientras Inglaterra hacía frente a la sublevación de sus colonias norteamericanas— tuvo por escenario el actual Uruguay y permitió a la primera obtener definitivamente Colonia, Fernando Poo y Annobón en África. Posteriormente, en 1779, España entró en guerra —tras la intervención francesa— en apoyo de los revolucionarios estadounidenses, recuperando La Florida y Menorca. Claro que esta victoria pronto mostraría el elevado costo que tendría para España una alianza con quienes cuestionaban el orden monárquico e imperial que garantizaba el dominio europeo en América¹⁸.

Esta diplomacia de alto riesgo no se habría agotado en la promoción de la rebelión en la América angloparlante, sino que una vez desatada la revolución francesa y luego de unirse a las primeras coaliciones internacionales, España terminaría siendo arrastrada a la alianza con la república regicida y luego con Bonaparte, quedando seriamente cuestionada la posibilidad de sostener su impe-

¹⁷ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850*, pág. 21.

¹⁸ «Hay en todo este episodio un elemento inquietante: las potencias borbónicas han logrado vencer apoyándose en un desafío dirigido a la vez contra el orden colonial y el orden monárquico, protagonizado por los revolucionarios de la América inglesa. Es el primer signo de que la larga crisis europea y mundial se desliza del conflicto entre potencias a otro que afectará al orden político mismo; entre los servidores del monarca español su ministro Aranda no deja de señalar las perspectivas de esa paradójica victoria. El lazo entre uno y otro conflicto es muy real: la revolución norteamericana ha surgido en respuesta a una tentativa de reorganización imperial paralela a las de las potencias ibéricas, y destinada como éstas en parte a distribuir de modo nuevo, entre metrópoli y posesiones ultramarinas, el peso cada vez más gravoso de los gastos militares». (Tulio HALPERÍN DONGHI, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850*, pág. 77).

rio atlántico, sobre todo después de la batalla de Trafalgar. De allí en más, ni la alianza con Francia logró evitar la intervención napoleónica en la propia Península; ni el alineamiento de los resistentes con Inglaterra logró impedir que los británicos alentaran soterradamente la independencia americana; ni el Congreso de Viena, ni los ejércitos de la restauración borbónica, ni las promesas del constitucionalismo liberal lograron reconstituir el imperio colonial.

En el orden local, el éxito de las iniciativas reformistas a la vez que logró transformar el antiguo ordenamiento político, fortaleciendo a Buenos Aires en detrimento de Lima, contribuyó a impulsar —una vez que la coyuntura bélica se amplió a escala atlántica— un desarrollo comercial que nace de la progresiva liberalización del intercambio ultramarino entre 1791 y 1809¹⁹. Lo cierto es que la reestructuración político-económica y la consentida apertura comercial inauguró un proceso de enriquecimiento y autonomización de Buenos Aires y su extenso *hinterland*, que no logró revertir el debilitamiento estructural del vínculo metrópoli-colonia e instaló un escenario en el cual el papel de España podía ser impugnado una vez que ésta se opusiera a seguir promoviendo la profundización de esa prosperidad²⁰.

En este contexto, las intervenciones militares británicas en el Río de la Plata, acaecidas en 1806 y 1807 en el marco de una serie de operaciones del Reino Unido contra enclaves estratégicos españoles u holandeses, estarán llamadas a ser el detonante del proceso de secesión.

Estas incursiones dislocaron, pese a su fracaso, la dominación española en el Cono Sur al demostrar palmariamente que nada podía esperarse de la metrópoli a la hora de asegurar la paz y la estabilidad del virreinato. Luego de la lucha también quedó claro que las nuevas instituciones y funcionarios borbónicos no habían sido capaces de coordinar política o militarmente el esfuerzo de la *Reconquista* y *Defensa* de Buenos Aires. Así, las consecuencias paradójicas de las acciones que llevaron al restablecimiento de la soberanía española en el Plata, serán las que contribuirán a su definitivo derrumbe: por un lado, la movilización popular y la militarización revolucionaria y, por otro, la emergencia de liderazgos

¹⁹ Tulio HALPERÍN DONGHI, *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1961, pág. 57.

²⁰ «La existencia de ese hiato entre la cada vez más insegura hegemonía mercantil española y la imposición de la que habrá de sustituirla es sin embargo decisiva; no sólo encumbra en la vida económica a figuras que no deben ya nada a la existencia del agonizante pacto colonial, sino que abre también la perspectiva de un proceso al margen de él. Esa perspectiva es descubierta bien pronto; la encontramos ya reflejada en la noción de que Buenos Aires es el centro del mundo comercial, luego de haber sido uno de los remotos rincones del mundo colonial español. Sin duda este descubrimiento no pone directamente en entredicho la supervivencia del vínculo político con la metrópoli; debe sin embargo ir transformando la imagen que de él se elabora en el área colonial». (Tulio HALPERÍN DONGHI, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla* [1972], México DF, Siglo XXI, —2.^a ed. correg., 1979—, pág. 124).

carismáticos e instancias de poder locales ajenos al esquema de poder y a la estructura burocrática imperial. De esta forma, la reafirmación de la lealtad a España se habría realizado en términos tales que implicaron pronto la puesta en crisis de la relación colonial²¹.

El efecto disgregador de estos hechos estaría en la base del cuestionamiento práctico del ideal de la monarquía católica por parte la elite criolla, y serían sus consecuencias materiales, antes que las lealtades con las nuevas ideas, las que habrían propiciado la apertura de una crisis de legitimidad política. Esta crisis y el vacío ideológico que produjo —inducido a la vez que retroalimentado por la prolongación de la crisis política— se habría salvado a partir de la instrumentalización de las reflexiones de muchos filósofos y pensadores políticos de tradiciones diversas, inclusive de la española. Para Halperín, en tanto la influencia intelectual no se expresó por la apropiación de un sistema ideológico en bloque, sino de elementos y elaboraciones parciales relacionados por la circunstancia política y enfocados hacia un determinado objetivo, sería un absurdo reclamar la inspiración de la revolución para tal o cual autor concreto, fuera este Francisco Suárez o Jean Jacques Rousseau.

Respecto a la incuestionable recuperación de ciertos contenidos del pensamiento español en la ideología revolucionaria, lejos de probar la filiación hispánica de ésta, permitiría reforzar, según Halperín, la idea de ruptura con el legado ideológico español. Veamos. En tanto la tradición política española es considerada como sustancialmente conservadora —incluso en sus desarrollos barrocos e ilustrados—, el hallazgo de elementos ideológicos hispánicos en el discurso revolucionario supondría su inserción y reformulación «en un marco ideológico a la vez que histórico del todo distinto del originario»²². Esta síntesis representaría, de por sí, una innovación radical —aunque no independiente de los desarrollos intelectuales franceses, británicos y norteamericanos— respecto de una línea de pensamiento como la española definida, en el texto de Halperín, por su inmovible lealtad a los principios regios y confesionales.

El apartamiento de estos principios y el posterior recurso al mito de la Revolución como cambio absoluto y como fuente de nueva legitimidad política, sería una expresión más de la inevitable disgregación del imperio español y de la consecuente gravitación de sus fragmentos hacia la órbita de las nuevas

²¹ Las operaciones británicas fueron interpretadas por la historiografía argentina —ya desde el siglo XIX— como un episodio clave para comprender el posterior estallido revolucionario de mayo de 1810. En esta línea, aunque con argumentos más elaborados, se encuentra el aporte de Halperín en su «Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815», en Tulio HALPERÍN DONGHI (ed.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1978.

²² Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 16.

potencias²³. El éxito de la revolución en el Río de la Plata no sólo garantizaría la definitiva disolución del ya agónico vínculo colonial sino que señalaría el inicio de su arribo al mundo moderno. Una modernidad caracterizada por un nuevo equilibrio político, pero también, claro está, por un nuevo clima de ideas, cuya penetración en el imperio español resultaría en la sustitución del sistema de pensamiento tradicional «que aun la primera oleada iluminista había respetado en sus rasgos esenciales». La propagación de este clima ideológico en la metrópoli y en las colonias habría acelerado el debilitamiento de aquella fe en la monarquía católica que no podía sostenerse ya por la fuerza de los hechos en un contexto tan diferente del que había asegurado su vigencia²⁴.

Ahora bien, esta actualización dieciochesca no habría encontrado mayor fundamento en la evolución de la tradición hispana —que según Halperín era para entonces extremadamente pobre en sus aportes teóricos— sino, por el contrario, en la creciente curiosidad por las teorizaciones francesas. Curiosidad que no se trunca ni siquiera en las etapas más radicales de la Revolución Francesa —cuando rebrota el celo de la censura inquisitorial²⁵— y que podría sugerir cierta ingenuidad en las apropiaciones hispanas del nuevo pensamiento político²⁶, si no fuera porque esta demanda era consecuencia lógica de la política reformista.

En el Río de la Plata, el auge mercantil y el progreso material que acarreó el reordenamiento borbónico fueron vistos por la elite criolla y sus ideólogos

²³ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 17.

²⁴ Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 77.

²⁵ «Más que el choque frontal, la administración real —en las Indias como en España— aprende a temer la lenta corrosión de la fe política recibida, y pone una seriedad nueva en el esfuerzo por impedir la difusión de textos heterodoxos. En Bogotá, Antonio Nariño va a ser duramente castigado cuando imprime, para distribuir entre sus amigos y corresponsales, el texto de la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 1791. Sus protestas de perfecta lealtad y su tentativa de presentar toda la empresa como inspirada por el más acendrado celo monárquico y español no son necesariamente del todo sinceras; sincera es su sorpresa ante la severidad con que la autoridad juzga su conducta, que excede la conocida en el pasado. Y esa severidad nueva se extiende de la autoridad civil a la eclesiástica; la Inquisición conoce un vigoroso retorno, pero la ortodoxia que tutela es cada vez más política». (Tulio HALPERÍN DONGHI, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos 1750-1850*, págs. 82-83).

²⁶ Los antecedentes de estas lecturas deberían ser buscados en el rescate retórico de las virtudes clásicas y republicanas por la cultura barroca y la monarquía absoluta. De la asociación entre ese legado y las teorizaciones francesas provendría la curiosidad natural de los intelectuales españoles por las nuevas ideas políticas. Ahora bien, como lo explica Halperín, esta incorporación suponía la condición utópica que estas ideas: «¿Rousseau puede ser tenido por el equivalente moderno de esos prestigiosos romanos? Sería excesivo afirmarlo, pero basta ver la sorpresa indignada con que muchos de sus empedernidos lectores españoles vieron la caída de la monarquía francesa para advertir que hallaban algo de inesperado en el hecho mismo de que esas ideas que habían logrado atraer su interés tuviesen consecuencias concretas; precisamente porque las habían creído desprovistas de éstas se habían entregado con tan despreocupada curiosidad a seguir sus cada vez más osadas manifestaciones teóricas». (Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, pág. 78).

—los economistas ilustrados, según los nomina Halperín— como el anticipo del futuro que aguardaba a estas tierras si la reforma se profundizaba. Esta visión del proceso político y económico puede explicar el alineamiento primigenio de este sector con el poder promotor del progreso, pero puede también explicar su radicalización posterior, una vez que quedó claro que ya no podía esperarse de ese poder más que una política ambigua o regresiva.

En síntesis, para Halperín, así como los hechos que jalonan el proceso de disolución del imperio español fueron sufridos pasivamente por una vieja metrópoli que se reveló incapaz de gobernar los acontecimientos, la propia renovación intelectual del mundo hispánico encontraría su fuerza dinámica fuera de las fronteras peninsulares, en Francia y Gran Bretaña, desde donde serían importados los instrumentos conceptuales para pensar y proyectar una nueva España.

España como puente ideológico en la obra de J.C. Chiaramonte

Otra visión de esta historia es la que ha ofrecido José Carlos Chiaramonte a lo largo de sus numerosas investigaciones acerca de la Ilustración en el Río de la Plata²⁷ elaboradas entre 1958 y 1997. Este autor ha logrado fijar la particularidad de un momento histórico en el cual las nuevas ideas fluyen incontenibles desde un mundo cultural español que, sin ser el polo dinámico del pensamiento europeo, se las ha arreglado para tender una vía de comunicación con el ahora dominante pensamiento francés y británico.

A partir del aporte de Chiaramonte podemos establecer, entonces, la similitud básica que permite hablar de una continuidad entre el mundo intelectual español y el rioplatense en las postrimerías del orden imperial. Mundos estructurados, ambos, por el predominio del pensamiento tradicional, pero afectados progresivamente por la filtración intersticial de las nuevas ideas europeas y de sus recreaciones hispanas. Esta similitud contextual explicaría, al menos en parte, por qué predominaron las lecturas moderadas de la filosofía

²⁷ A modo de un panorama de la bibliografía más significativa de José Carlos Chiaramonte, podríamos mencionar las siguientes obras: *La crítica ilustrada de la realidad*, Buenos Aires, CEAL, 1982. Los ensayos aquí incluidos fueron publicados primero como textos independientes y luego en tres compilaciones tituladas: *Ensayos sobre la Ilustración argentina*, Paraná, Universidad Nacional del Litoral, 1962; *Problemas del europeísmo en Argentina*, Paraná, Universidad Nacional del Litoral, 1964, y *Pensamiento de la Ilustración. Economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979. Más tarde, aparecen dos recopilaciones que redundan en estas temáticas: *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesíástica y cultura laica durante el Virreinato*, Colección La ideología argentina, Buenos Aires, Puntosur, 1989; y *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino I, Buenos Aires, Ariel, 1997.

política dieciochesca²⁸ entre la elite colonial y por qué la ilustración española pudo tener una influencia fundamental sobre los pensadores modernos del Río de la Plata.

Los ilustrados peninsulares se habrían encontrado atrapados entre la dinámica ascendente de una ideología de progreso y una herencia cultural conservadora —fuertemente signada por imperativos religiosos²⁹. Este dilema, en tanto elemento constitutivo del pensamiento ilustrado español del siglo XVIII, no pudo ser resuelto desde dentro de su lógica, por lo que trató de ser salvado a través de una síntesis conciliadora o de una transacción, más o menos equitativa.

Este deseo de compatibilizar en lugar de optar, habría determinado tanto las potencialidades como los límites de las luces hispanas, y habría impreso la que fue, sin duda, su característica principal: el eclecticismo. Eclecticismo entendido básicamente por Chiaramonte como una mezcla entre una vieja y una nueva concepción del mundo que reflejaría, en el compromiso mismo que conlleva, el precario desarrollo de la España del siglo XVIII y el arcaísmo de su estructura social³⁰.

Este rasgo saliente del enciclopedismo peninsular —claramente visible en la obra de Feijóo y en sus sucesores— lo diferenciaría sustancialmente del paradigma francés, pero permitiría trazar una línea filiatoria directa entre el antecedente peninsular y el tímido y subdesarrollado Iluminismo rioplatense³¹.

Esta filiación hispánica de las luces sudamericanas, así como la influencia arcaizante del pensamiento escolástico y el necesario eclecticismo de la renovación intelectual habría tenido su primera manifestación en la particular forma en

²⁸ José Carlos CHIARAMONTE, «Primeros pasos de la Ilustración argentina» en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 21.

²⁹ José Carlos CHIARAMONTE, «Primeros pasos de la Ilustración argentina», pág. 27.

³⁰ José Carlos CHIARAMONTE, «Acerca del europeísmo en la cultura argentina» (1963), en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 27. El mismo autor afirmará, más tarde, que la difusión del enciclopedismo en España y sus colonias siguió las variantes más moderadas del pensamiento del siglo XVIII y no el camino radicalizado francés, porque las características revolucionarias de este último «reflejaban las necesidades de una estructura social que superaba en mucho a la española e hispano-colonial», enfrentada a una configuración diferente de problemas económicos y políticos (José Carlos CHIARAMONTE, «Reflexiones polémicas», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 98).

³¹ A propósito de las diferencias entre el iluminismo europeo y el hispanoamericano Chiaramonte nos dice que: «La diferencia estriba en que los escritos locales son simples trabajos de política, economía o política social, mientras que la Ilustración europea ofrece, además de trabajos de ese tipo, la elaboración teórica de los problemas de la sociedad, la investigación doctrinaria de la naturaleza de los fenómenos sociales. Pero aún así, esa misma limitación define su grado de desarrollo y de dependencia con respecto a la europea. Y no sólo en un sentido que pueda expresarse diciendo que había un menor desarrollo cultural, sino que, dado el carácter del objeto que nos ocupa, el estudio de la sociedad, faltaba el *sujeto* capaz de una reflexión autónoma sobre ese objeto: faltaba una clase social suficientemente madura». (José Carlos CHIARAMONTE, «Iberoamérica en la segunda mitad del siglo XVIII: la crítica ilustrada de la realidad», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 174).

que fueron incorporadas ciertas ideas de Descartes, Newton, Leibnitz, von Wolff y Gassendi en los centros de altos estudios jesuíticos del Virreinato³² y en las polémicas que causaron las iniciativas realmente innovadoras³³.

Si bien esta supuesta apertura y actualización del medio intelectual fue rescatada, en los años cincuenta, por el historiador jesuita Guillermo Furlong Cardiff (1889-1974), como parte de su monumental empresa de redescubrimiento y exaltación de los valores hispano-católicos de la cultura rioplatense³⁴, será Chiaramonte quien logre equilibrar la cuestión al considerar a la vez los aspectos integrados y rupturistas de la «modernización» jesuítica³⁵ y la tortuosa y

³² Respecto de la política de apertura de los jesuitas y de la crítica de la cultura eclesiástica dice Chiaramonte: «Esta actitud crítica alcanzó también a manifestarse en el seno de la Compañía, aunque la orientación prevaleciente fue por demás limitada. Pues, sin dejar de buscar una adaptación al gusto del público por las “novedades” filosóficas o científicas, como manera de no perder influencia en la sociedad, esa orientación procuraba ante todo no afectar el conjunto de las bases teológicas y filosóficas de la doctrina de la orden. Y trataba de lograrlo mediante la estricta limitación de los temas del pensamiento moderno que podían considerarse en clase, y con firmes directivas sobre la forma y el contenido de la crítica a efectuar en esos casos. Es decir, algo tan ajeno a una real modernización como lo muestra, entre otras características, la exigencia de que las materias amenas que podían enseñarse sin riesgo de la sana doctrina debían ser expuestas en forma silogística.» (José Carlos CHIARAMONTE, «Introducción» a *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*, Buenos Aires, Puntosur, 1989, pág. 42).

³³ Un buen ejemplo de este tipo de conflicto es el que se desatará entre el rector franciscano de la Universidad de Córdoba y los sectores tradicionales de esa ciudad, religiosos y laicos, por su intento de introducir en ella la física experimental a través de la adquisición de un laboratorio. La confrontación envolvió tanto al rector José Sullivan —quien sostuvo la necesidad de «abolir la filosofía antigua» y sustituirla por la «demostración de la verdad»— y al alcalde de segundo voto del Cabildo —cuyo argumento se centraba en que el objetivo originario de dicha casa de estudios al ser fundada por Trejo y Sanabria era la enseñanza de Teología—, como al fiscal del Cabildo y a los más altos funcionarios coloniales, incluidos el virrey —quien terminará autorizando la compra—. (Véase José Carlos CHIARAMONTE, «Introducción» a *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*, págs. 65-67 y los documentos presentados por Chiaramonte en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino I, Buenos Aires, Ariel, 1997, págs. 272-279).

³⁴ Guillermo FURLONG, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata, 1536-1810*, Buenos Aires, Kraft, 1947. A Furlong, un historiador y bibliógrafo jesuita, se le deben una serie de obras historiográficas de temática hispanista y eclesiástica muy cercanas al revisionismo histórico. Entre sus obras encontramos: *Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires. 1617-1943*, Buenos Aires, Colegio del Salvador, 1944; *Cultura colonial argentina*, vol. I: *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1944; vol. III: *Matemáticos argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1945; vol. IV: *Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1946; vol. VI: *Médicos argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1947; vol. VII: *Naturalistas argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires, Huarpes, 1948; *Colección de Escritores Coloniales Rioplatenses*, editadas en Buenos Aires, por la Librería del Plata y Ediciones Theoría entre 1953 y 1971; *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses. 1700-1850*, Tomo I, Buenos Aires, Guaranía, s/f; Tomos II y III Buenos Aires, Librería del Plata, 1955 y 1960; Tomo IV, Buenos Aires, Huemul, 1975; *Historia social y cultural del Río de la Plata, 1536-1810*, Buenos Aires, TEA, 1969.

³⁵ Puede verse también una valoración negativa del rol intelectual de los jesuitas en España y en América en Gregorio WEIMBERG, «Ilustración y educación superior en Hispanoamérica», en *Revista de Educación*,

acotada difusión del pensamiento de filósofos del siglo XVII en las cátedras cordobesas³⁶.

Pero no es, sin embargo, el aspecto que nos interesa relevar aquí, sino aquel por el que se constata que la pauta de asimilación de estas perspectivas en un contexto tradicional reproducía, en mucho, el clima intelectual propio del desarrollo de la ilustración española³⁷.

En este sentido, encontramos que, en ambos contextos y alrededor de esta incorporación de corrientes no escolásticas, no sólo se desatan conflictos entre racionalistas laicos y clérigos ultramontanos, sino que las líneas de oposiciones enfrentan, por un lado —y en el marco de una reforma desde arriba impulsada por los Borbones— al poder secular y al poder eclesiástico, y por otro, a las propias órdenes religiosas, que se debaten ante el dilema de condenar o alentar la renovación intelectual, y de respaldar o impugnar la nueva política estatal³⁸.

La perpetuación de este tenso equilibrio entre renovación y tradición sólo puede comprenderse cabalmente cuando consideramos que, tanto en España como en el Río de la Plata, la reflexión ilustrada eludió cuanto pudo el terreno

Número extraordinario: La educación en la Ilustración española, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1988, pág. 37. Sin embargo, es interesante recordar, con Chiaramonte, que la renovación intelectual limitada que se introdujo en los centros universitarios de los jesuitas, antes o después de su expulsión, se relacionaba con la aparición de individuos tolerantes, heterodoxos o rupturistas dentro de la propia Compañía de Jesús, la que también fue sacudida por una crisis intelectual (José Carlos CHIARAMONTE, *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina 1800-1846*, págs. 28).

³⁶ «Descartes o Newton, a mediados del siglo XVIII eran tratados en las cátedras de aquella Universidad [de Córdoba], ya para impugnarlos, ya en parcial adhesión, o ambas cosas a la vez. ¿Qué alcance tenían estas enseñanzas? Mal podría deducirse de ellas —como sostiene Furlong— un cambio radical en la orientación de los estudios coloniales. Por el contrario, no pasaban de constituir una limitada ampliación y modificación de la enseñanza tradicional. La escolástica, en plena decadencia, constituía la base de aquellos estudios. Las teorías cartesianas o newtonianas, incorporadas ocasionalmente, se reducían a los aspectos menos esenciales e inocuos desde el punto de vista de la teología o la filosofía escolástica.» No obstante lo cual: «Así como no es correcto magnificar el alcance de tales innovaciones, tampoco corresponde la ligereza de menospreciar la repercusión que habrían de tener. Aún limitándose a exponer las nuevas doctrinas para desmenuzarlas y repudiarlas desde el punto de vista escolástico, el asentimiento acordado a partes de la misma de tanto prestigio entonces como la física, eran vías abiertas a la curiosidad para el estudio y la adopción de la filosofía que les servía de fundamento. Por otra parte, los profesores que las enseñaban estaban expuestos al contagio —consciente o no— de las mismas». (Juan Carlos CHIARAMONTE, «Primeros pasos de la Ilustración argentina» (1960), en *La crítica ilustrada de la realidad*, págs. 17-18 y 19-20).

³⁷ Véase Mariano PESET y J. Luis PESET, *La Universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, Taurus, 1974.

³⁸ Para trazar un paralelo entre las oposiciones surgidas en el campo cultural, pedagógico y político metropolitano y colonial, ver de Juan Francisco FUENTES, «Luces y sombras de la Ilustración española», en *Revista de Educación, Número extraordinario 1988*, págs. 9-28; en la misma publicación, el artículo de Antonio ÁLVAREZ DE MORALES «La Universidad en la España de la Ilustración», págs. 467-478; y, de José Carlos CHIARAMONTE, «Estudio preliminar» en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, págs. 25-30.

religioso³⁹, al introducir una diplomática disociación entre el mundo de la razón y el mundo de la fe⁴⁰. Disociación que no casualmente estará presente en el discurso de los futuros revolucionarios⁴¹, aun después de consumada la ruptura política⁴².

Esta concurrencia de factores en situaciones homologables permitirían explicar, en definitiva, por qué estos injertos racionalistas fueron soportados por un edificio fundamentalmente escolástico sin que entraran inmediatamente en crisis los fundamentos mismos de la orientación pedagógica colonial, aun cuando a medio plazo, no dejaran de abrir acotados resquicios de renovación que contribuirían, paradójicamente, al derrumbre del orden imperial.

Si, como quedara establecido, el eclecticismo de la Ilustración española tenía sus fuentes en la necesidad de encontrar un acuerdo entre dos visiones del mundo, el derivado eclecticismo filosófico de los ilustrados rioplatenses podría

³⁹ «Sólo tardía y excepcionalmente la penetración del enciclopedismo en España va acompañada de crítica a la fe. Por regla general, el enciclopedismo del siglo XVIII español no invade el terreno religioso, fuese por características nacionales o por imprescindible prudencia. Lo mismo ha de suceder en el Río de la Plata». (José Carlos CHIARAMONTE, «Primeros pasos de la Ilustración Argentina» (1960), en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 23).

⁴⁰ Algunas de las estrategias de introducción del pensamiento renovador presentes entre los ilustrados hispánicos consistían en intentar religar ciencia y religión, o ciencia y escolástica —vía intentada por el Juan Baltasar Maziel— o convencer al público de que la penetración de las luces, las ciencias y la racionalidad, serviría a la propia religión para depurar de ella la superstición y los antiguos errores recreados por la dinámica propia de la escolástica —argumento explotado por Pedro Antonio Cerviño—. Otras de las salidas transaccionales adoptadas fue la aceptación de la «doble verdad». Una verdad dogmática —e irracional— a la que se accedía por la fe, y una verdad a la que se accedía por mediante la razón y el método científico: «Esta opción tenía atractivos para evitar conflictos en la vida de relación. Para la elite ilustrada colonial, como también ocurría en la península, fue una solución, así, adherir a la nueva visión del mundo según la cual éste se regía por leyes objetivas, impuestas por el creador en el momento de la creación pero luego operantes de manera necesaria y sin intervenciones sobrenaturales, sin abandonar la fe y su corolario, según el cual el mundo era obra de un ser supremo capaz de interferir en él según su voluntad, intervención también admitida para ángeles, demonios y santos. Pero viviendo la vida terrenal como si fuese derivada de la primera de esas concepciones y pagando tributo a la segunda a través del mecanismo social del culto religioso». (José Carlos CHIARAMONTE, «Estudio preliminar» en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, pág. 103).

⁴¹ Aun en el contexto de una fuerte reivindicación de los objetivos de una pedagogía renovadora frente a la escolástica, o de una crítica a la política colonial, podemos encontrar que Cabello y Mesa, Vieytes, Belgrano, Cerviño y el propio Moreno no se cansarán de invocar el acatamiento y respeto a la fe común. (*Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, págs. 43-46).

⁴² La continua defensa de la religión en los textos ilustrados rioplatenses e hispánicos en general evidencia un síntoma de consciencia o al menos de intuición respecto de la existencia de una incompatibilidad básica entre el mundo de la razón y el de la fe: «...los artículos del editor del *Telégrafo*... en los que la abundancia de párrafos en defensa de la religión, en un medio social en el que no corría mayor riesgo, nos indica que ellos tenían por objeto defender al autor más que a la religión. Esto es, que por haber asumido la labor propagandística de las luces del siglo, el que escribía tenía consciencia, por más moderada que fuese la expresión de sus opiniones, de la no congruencia entre Ilustración y fe, y de la consiguiente posibilidad de ser objeto de algún tipo de sanción». (*Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, pág. 49).

encontrar las suyas —además de en el condicionante católico heredado— en el particular equilibrio político que debía procurar, asumiendo la realidad del dominio imperial, pero intentando a la vez racionalizar y reorientar esa sujeción hacia una comunidad de intereses con los naturales de la colonia.

Esa tensión se resolvía, a veces, en un fuerte impulso para las nuevas concepciones, en el mismo plano de la estructura burocrática, como cuando la corona aprueba la fundación del Consulado de Buenos Aires en 1794 —nombrando como secretario perpetuo a Manuel Belgrano (1770-1820)—; pero en otras ocasiones, la resolución determinaba un retroceso, como en 1802 y 1807 cuando la Real Hacienda obligó a clausurar primero la Escuela de Dibujo y luego la Academia de Náutica inauguradas en 1799 por el propio Consulado⁴³.

Es en relación con esta tensión entre el pensamiento moderno y el escolástico en el Buenos Aires colonial que puede entenderse mejor por qué los ilustrados porteños podían nutrirse de fuentes ideológicas tan diversas como las obras de Quesnay, Turgot, Adam Smith, Jovellanos, Campomanes, Campillo y Cosío, Valentín de Foronda, Ferdinando Galiani y el marqués de Mirabeau, sin percibir las contradicciones teóricas y prácticas que su simultánea incorporación podía acarrear.

Sin embargo, esta adhesión espiritual a un genérico y universal movimiento renovador de ideas evidenciaba no sólo una adscripción limitada a cada uno de los autores, o la presencia de una heterodoxia en la base doctrinaria de la formación de futuros revolucionarios como Manuel Belgrano, Manuel José de Lavardén (1754-1809), Mariano Moreno (1778-1811) o Hipólito Vieytes (1762-1815) —como argumenta Chiaramonte—; sino que sirven también como pistas para comprender las condiciones reales de existencia del debate de ideas dieciochescas en la periferia lejana del ya perisférico imperio español. En estas condiciones de marginalidad —y en un contexto inercialmente reaccionario—, se hace comprensible que estos intelectuales plantearan una estrategia orientada a abrir camino a una impetuosa y heterogénea corriente modernizadora, sin perder tiempo en adentrarse en las sutilezas de las relaciones lógicas existentes

⁴³ Respecto del rol progresista del propio Belgrano, Germán Tjarks nos dice: «Del cotejo de los tratados eruditos dedicados a la historia de la enseñanza rioplatense, podemos sacar la conclusión que, hacia 1790, las ciencias exactas y aplicadas aún no se hallaban encuadradas en los planes de estudio de los establecimientos superiores, que se habían dedicado a las disciplinas del espíritu con notable énfasis, bajo la influencia de doctos maestros. Por ello no cabe duda que al Consulado le corresponde el honorífico papel de precursor e iniciador de estos estudios en el virreinato. Merced a la influencia de Belgrano, la educación fue uno de los fines que se impuso la institución y, no obstante las dificultades económicas y las prohibiciones motivadas por la incompreensión o el desinterés de la corona, el Consulado se mantuvo fiel a esos nobles principios durante toda su existencia». (Germán O. E. TJARKS, *El consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en la historia del Río de la Plata*, 2 vols., Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1962, págs. 825).

entre las ideas de cada uno de los pensadores convocados como inspiradores de sus propios proyectos de cambio y desarrollo.

Ahora bien, esa filiación hispánica y católica de la Ilustración rioplatense pre y post-revolucionaria no podría explicarse atendiendo sólo a la «comunidad de idioma», a la «mayor afinidad cultural», o a la «fascinación intelectual» por las obras de Feijoo en el Buenos Aires colonial. Por el contrario, para Chiaramonte, la razón última de tal éxito estaría dada, en definitiva, por la existencia de una sorprendente similitud entre el atraso rural de la colonia y de la metrópoli⁴⁴.

Tras las huellas del ideal revolucionario: circuitos de socialización, pautas de lectura y estrategias de formación intelectual de la elite letrada rioplatense

Más allá de que nos parezca convincente la argumentación «materialista» de Chiaramonte lo cierto es que, en el Buenos Aires tardodieciesesco y en sintonía con la experiencia peninsular, se fue constituyendo alrededor de los canales formales de educación una red de consumidores, adaptadores y propagadores de ideas ilustradas. Por supuesto, esta red no abarcaba a toda la población, sino que se circunscribía a un grupo reducido de eclesiásticos y burócratas que fue ampliándose al compás del crecimiento de los grupos profesionales y de las actividades relacionadas con la expansión comercial de la capital virreinal⁴⁵.

Esta red se superponía, sin duda, con otro tipo de relaciones sociales propias de la elite letrada virreinal, como las ya establecidas entre alumnos y profesores, como las que reunían a los asiduos concurrentes de tertulias literarias y de cenáculos intelectuales —celebrados en sitios como el Café de Marcos o en salones particulares—, o como aquellas que intentaban formalizarse siguiendo el modelo de las Asociaciones de Amigos del País españolas⁴⁶. En todo caso, este

⁴⁴ José Carlos CHIARAMONTE, «Primeros pasos de la ilustración argentina», pág. 21.

⁴⁵ Juan Carlos CHIARAMONTE, «Iberoamérica en la segunda mitad del siglo XVIII: la crítica ilustrada de la realidad», págs. 159-160.

⁴⁶ «Son fines primordiales de estas corporaciones la propagación de la economía política, la difusión de nuevas técnicas industriales y agrícolas, el fomento de las ciencias y, en última instancia, la creación de un clima propicio a las reformas emprendidas por el gobierno. A tal fin se establecen cátedras, se publican discursos y tratados y se constituyen bibliotecas bien surtidas, por lo general de libros franceses. Uno de los grandes méritos de las sociedades será, precisamente, servir de puente entre la cultura española y la nueva filosofía francesa, apurando al máximo la tolerancia gubernamental y burlando la celosa vigilancia de la Inquisición.» (Juan Francisco FUENTES, «Luces y sombras de la Ilustración española», pág. 17). Respecto de los intentos de Manuel de Lavardén, Francisco Antonio Cabello y Mesa, Juan José Castelli y Manuel Belgrano para fundar una de estas sociedades, consúltese José Carlos CHIARAMONTE, «Estudio preliminar», en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, pág. 39.

público ilustrado se fue construyendo sobre la base de la comunicación directa de individuos cultivados con la capacidad material de agenciarse —ya sea para sus bibliotecas particulares, o para aquellos repositorios públicos o semipúblicos que por su función controlaban— obras claves del pensamiento contemporáneo⁴⁷. Obras que circulaban, sin duda, entre un conjunto de lectores que excedía con creces al de sus estrictos propietarios.

Este circuito «privado», en consonancia con la propia dinámica de la «vida intelectual disidente que, subterráneamente a veces y abiertamente en otras, era frecuente en los centros de estudio de la época»⁴⁸, amplió la demanda de este tipo de lecturas.

La progresiva entrada de libros en idioma original en el mundo cultural hispánico y la ampliación de la demanda de textos ilustrados incentivaron significativas empresas de traducción y adaptación, destinadas a abastecer las inquietudes de este nuevo público tanto en territorio español como en el americano. La oferta de ideas renovadoras en castellano permitió potenciar al máximo la capacidad de difusión de las luces en el ámbito colonial, entre una elite cuyos miembros no poseían, unánimemente, la capacidad de leer la necesaria variedad de idiomas extranjeros. Es importante destacar que, por lo general, los traductores intervinieron explícitamente justificando enmiendas o supresiones de determinados aspectos inconvenientes de los textos⁴⁹, poniendo de manifiesto así, las delicadas condiciones de existencia de la renovación intelectual y, nuevamente, la similitud de la experiencia colonial y metropolitana⁵⁰.

Respecto de la socialidad intelectual y tertuliana dieciochecha española, véase Francisco AGUILAR PIÑAL, *Introducción al siglo XVIII*, en Ricardo DE LA FUENTE (ed.), *Historia de la Literatura Española*, vol. 25, Gijón, Ediciones Júcar, 1991.

⁴⁷ Guillermo FURLONG, *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*, Bs. As., Huarpes, 1944.

⁴⁸ José Carlos CHIARAMONTE, «Introducción», en *La Ilustración en el Río de la Plata*, pág. 82.

⁴⁹ Para ofrecer un par de ejemplos de textos particularmente importantes para la formación intelectual o para orientar la práctica política de la elite rioplatense, podríamos decir que las traducciones de las *Lezioni di Commercio* de Antonio Genovesi por Victorián de Villava (Madrid, 1784) y la de su admirador Mariano Moreno, del *Contrato social* (Buenos Aires, 1810), siguen ambas la pauta «intervencionista» de traducción de su época y de su contexto cultural hispánico. Véase José Carlos CHIARAMONTE, «Estudio preliminar» en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, págs. 112 y 124.

⁵⁰ Es importante considerar el problema del estilo de traducción del XVIII español quitando de primer plano cualquier juicio ético de carácter anacrónico, tal como propone Eterio Pajares: «La valoración inmanente de una traducción, como la de la obra original, ha de complementarse con el conocimiento del traductor y, quizá más importante, con el de los lectores y las circunstancias socioculturales de la época. Si nos quedamos en el primer paso, serán pocas las traducciones del siglo XVIII que juzgaremos como buenas e, incluso, como traducciones. Pero si obramos con perspectiva histórica y tenemos en cuenta criterios sociohistóricos, receptivistas y de intertextualidad, comprobaremos que muchos traductores fueron hijos de su siglo, que tuvieron que ceñirse a ciertas imposiciones y que, con mejor o peor estilo, satisfacían las expectativas de la nueva

Sin embargo, pese a que los libros —en tanto objetos de comercialización, préstamo, traducción y adaptación— resultaron ser el soporte ideal para permitir la profundización del rumbo renovador entre los miembros más preparados de la elite rioplatense, no debemos suponer que estos fueron el vehículo excluyente para la propagación de las ideas ilustradas. Por el contrario, el objeto cultural por antonomasia coexistió en los circuitos de esa red con una considerable gama de impresos y periódicos que resultaron decisivos a la hora de garantizar una actualización ideológica, tal como afirmara Repodas de Ardanaz⁵¹.

Estos periódicos deben ser valorados no por su condición de usinas de un pensamiento novedoso o de órganos de una línea ilustrada autónoma, sino por funcionar como plataformas de divulgación y ampliación de unas ideas que no podían ser gestadas independientemente en un marco tan precario como el rioplatense⁵². Por lo demás, su verdadera importancia, radica en su carácter de nexos materiales a través de los cuales fluían con mayor rapidez y en un formato más accesible noticias, bibliografías⁵³ y textos desde un polo difusor —metropolitano— a un polo receptor —colonial—, paradójicamente igualados en tanto demandantes del aporte intelectual externo para renovar sus concepciones e instituciones sociales, políticas y económicas.

Por ello, el interés de estos periódicos no radica solo en la posibilidad de reconstruir a partir de ellos la evolución de las formas de identidad y del lenguaje políticos, sino también las mecánicas concretas a través de las cuales circulaban y se recreaban los principales aportes del pensamiento contemporáneo consumidos por esa incipiente red de intelectuales criollos.

clase social que se incorporó a la lectura». (Eterio PAJARES, «La traducción inglés-español en el siglo XVIII: ¿manipulación o norma estética?», en Federico EGUÍLUZ y otros (eds.), *Trasvases culturales: literatura, cine, traducción*, Universidad del País Vasco, 1994, pág. 393).

⁵¹ «En el Buenos Aires finisecular, cierto tipo de impresos pasaban por las manos de todas las gentes de mediana cultura y alguna curiosidad: así los periódicos, muchos de ellos verdaderas antologías *de omni re scibili*, en que cada uno escogía de acuerdo con sus preferencias y necesidades». (Daisy RÍPODAS ARDANAZ, *Refracción de ideas en Hispanoamérica colonial*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación, 1983, pág. 126).

⁵² A pesar de ello, la historiografía tradicional ha desestimado recurrentemente el valor de estas fuentes, ya sea por el pobre estilo literario de sus responsables o por la falta de originalidad de sus «colaboraciones». Chiaramonte, ha enfrentado en reiteradas ocasiones estas ideas destacando, por un lado, el papel cumplido por periódicos tales como *El Telégrafo Mercantil*, *Rural*, *Político-económico*, e *Historiográfico del Río de la Plata*, *El Correo de Comercio*, *El Semanario de Agricultura*, *La Gazeta de Madrid* y *La Gazeta de Buenos Aires*, en la configuración de un ideario ilustrado y, por otro, la posibilidad de rastrear a partir de ellos las categorías «hispanicas» del pensamiento tardocolonial.

⁵³ En la obra de Ricardo Donoso, *Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas* (2 vols.), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1963, tomo I, pág. 395, puede verse, en el caso concreto de José Antonio de Rojas, cómo este tipo de publicaciones —en este caso francesas— servían para orientar la formación de bibliotecas particulares.

En este sentido, las publicaciones mencionadas y otras, como el *Mercurio Peruano* o el *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa* actuaron en ambos márgenes del Atlántico como epígonos y vulgarizadores de textos franceses, ingleses y españoles y como fuentes de actualización bibliográfica para los estrechos círculos de las luces hispanoamericanas, tejiendo su propia trama de reescritura y recreación textual de acuerdo con una sistemática política editorial de refracción, adaptación y plagio⁵⁴. Esta política, —correspondiente con la ausencia de una efectiva noción de propiedad intelectual o con una indefinición de los límites de las citas de autoridad— ocultaba en realidad tanto un criterio como una práctica de apropiación que excedía el límite del periodismo para hallarse, también, al nivel de los ensayos, de los tratados, de las traducciones y de los proyectos y resoluciones oficiales⁵⁵.

Este uso discrecional de los textos evidencia la existencia de complejos circuitos intelectuales que unen España con Francia y otros centros del pensamiento moderno y a su vez ligan a España con su propia periferia colonial. Así, durante el siglo XVIII en la metrópoli imperial se «imitan» textos de origen

⁵⁴ En la obra de Daisy Rípodas Ardanaz citada anteriormente se analizan cinco casos de «refracción ideológica» entre los cuales se destacan por su especial importancia dos. El primero es el dictamen negativo de 1799 del entonces síndico procurador general Cornelio Saavedra sobre la cuestión de los gremios; el cual fuera confeccionado por su compañero de estudios en el Colegio de San Carlos y posteriormente su patrón en el bufete de abogados de su familia, Feliciano Antonio Chiclana. Rípodas Ardanaz demuestra cómo éste último trasiega a su oficio expresiones tomadas de las «cartas» del diplomático e intelectual vasco Valentín de Foronda publicadas en el *Espíritu de los mejores diarios* en 1788 y 1789 y luego recopiladas en dos volúmenes bajo el título *Cartas sobre economía política* (Madrid, 1789 y 1794) que también circularon en la capital virreinal. Lo interesante es que, a su vez, Foronda había trasegado a su carta contenidos del *Edit du roi, portant suppression des jurandes et communautés de commerce, arts et métiers* (1776) de Turgot extraído de la *Encyclopédie Méthodique*. Como concluye Rípodas Ardanaz: «En suma, Foronda resulta ser un intermediario —no por cierto pasivo— entre Turgot y Chiclana-Saavedra o, si se prefiere expresarlo institucionalmente, entre el rey de Francia y el cabildo de Buenos Aires». (Daisy RÍPODAS ARDANAZ, *Refracción de ideas en Hispanoamérica colonial*, pág. 135). Esta «intermediación» permite ilustrar cómo funcionaba en los hechos (a partir de este caso y de las intervenciones de estos protagonistas —aproximados por su adhesión a las doctrinas de la fisiocracia—), las relaciones de triangulación ideológica que conectaban a Francia, España y sus colonias. El segundo caso es el artículo del entonces secretario de la Junta Mariano Moreno «Sobre la libertad de escribir», publicado en la *Gazeta de Buenos Aires* el 21 de junio de 1810. Rípodas Ardanaz descarta una filiación directa de este texto con la introducción de la *Ciencia de la legislación* de Cayetano Filangieri —tal como pensaba el historiador francés Paul Groussac— para sostener que Moreno se basó en la «Disertación presentada a una de las sociedades del Reino» (1780) de Valentín de Foronda —a su vez «buen apreciador» de los textos de Gaetano Filangieri (1752-1788)—, publicada también en este caso en el *Espíritu de los mejores diarios* el 4 de mayo de 1789. Hasta qué punto este recorrido de las ideas formaba un circuito, es aún un problema abierto a la investigación, pese a que es evidente que la balanza del intercambio ideológico entre España y sus colonias dejaba un enorme saldo negativo para los americanos.

⁵⁵ Contra la suposición de que esto podría tratarse de fenómenos aislados, Rípodas de Ardanaz advierte: «La ubicuidad de las ideas refractadas —que no excluye la coexistencia con ideas originales y con ideas reflejas— nos lleva a suponer que el número de casos donde la imitación resulta evidente es mucho mayor que el habitualmente sospechado». (Daisy RÍPODAS ARDANAZ, *Refracción de ideas en Hispanoamérica colonial*, pág. 38).

francés de cuestiones muy diversas que a su vez son refractados por otros autores peninsulares o americanos⁵⁶.

La incorporación de estas ideas en el contexto rioplatense, demandadas por una elite progresivamente ilustrada, no podría haberse producido sino a través del abastecimiento de libros lícitos o prohibidos —sean españoles o europeos—, y de periódicos peninsulares, importados a través de los circuitos comerciales legales o informales que la propia administración controlaba o soportaba⁵⁷.

Otra de las modalidades, mucho más restringida pero no menos influyente a la hora de condicionar el rumbo futuro de la Ilustración sudamericana, fueron los viajes de estudio que emprendieron algunos de los miembros más conspicuos de la elite intelectual a la España de fines del XVIII. Así, el paso por Granada, Toledo y Madrid de Manuel José de Lavardén presumiblemente entre 1770 y 1778; del deán Gregorio Funes (1749-1829) por la Universidad de Alcalá de Henares entre 1775 y 1779; y el de Manuel Belgrano por las Universidades de Oviedo, Salamanca y Valladolid entre 1786 y 1793, resultó decisivo para sus respectivas formaciones tanto por la titulación que obtuvieron como por el clima intelectual⁵⁸ en el que se sumergieron:

el futuro Deán Funes hubo de modificar la orientación recibida en sus estudios cordobeses, estudios realizados en parte bajo los jesuitas y el resto con los franciscanos, por su contacto con la España de Carlos III. Recordemos la abundancia que de literatura prohibida, en su mayoría francesa hubo durante el reinado de Carlos III [...] justamente en los años en que se ubicarían los viajes de Lavardén y Funes. Y

⁵⁶ «Es dable observar curiosos casos de refracción. A veces, se refractan ideas procedentes, a su turno, de una refracción anterior; otras, una misma idea incide en medios refrigerantes de distinta densidad y sufre, conseqüidamente, desviaciones de distinta amplitud» (Daisy RÍPODAS ARDANAZ, *Refracción de ideas en Hispanoamérica colonial*, pág. 28).

⁵⁷ Esta «permisividad» reflejaba el propio estado de la circulación de libros en la Península durante la etapa reformista de los Borbones: «Con el tiempo, la entrada de obras de la moderna filosofía francesa fue haciéndose más fluida, aun habiendo sido muchas de ellas condenadas por la Inquisición. Entre sus lectores figuran ministros, magistrados, grandes de España, catedráticos, estudiantes... y clérigos. Bibliotecas públicas y privadas albergan las obras más representativas del pensamiento ilustrado, incluso la de pensadores materialistas como Helvetius y d'Holbach. No obstante, los autores preferidos del público español son, con diferencia, Rousseau y Voltaire; del primero se lee, sobre todo, el *Emilio*; del segundo, las obras literarias e históricas. La clandestinidad no impedía que las obras de tales autores circularan con pasmosa facilidad a través de improvisados circuitos comerciales, preparando así el terreno a la propaganda revolucionaria». (Juan Francisco FUENTES, «Luces y sombras de la Ilustración española», pág. 18). A propósito de las vicisitudes de la censura y los circuitos comerciales de las obras prohibidas por la censura religiosa o estatal —tanto en España como en Francia y América— consultar la obra de Ricardo DONOSO, *Un letrado del siglo XVIII*, págs. 377-416.

⁵⁸ «El contacto con el clima intelectual de la Ilustración hispana, sin duda más atrayente para ellos que los estudios regulares, fue decisiva para su formación así como para su posterior papel de líderes intelectuales en su tierra natal». (José Carlos CHIARAMONTE, «Estudio preliminar» en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina*, pág. 38).

que el de Belgrano se realiza en los años finales del reinado del monarca e iniciales de Carlos IV, alcanzando además a permitirle seguir desde España los comienzos de la revolución francesa. Pese a la temerosa reacción de la corona española y su intento de ocultar los acontecimientos de París, Belgrano pudo informarse del curso de la Revolución, con viva simpatía, según recordaría más tarde⁵⁹.

De esta forma, aun cuando el tópico pueda sugerir imágenes de España, ora como muralla intelectual⁶⁰, ora como puente a través del cual las ideas europeas penetran en América ante la indolencia o debilidad de las autoridades coloniales, la realidad de ese trasvasamiento parece haber sido infinitamente más compleja⁶¹.

En efecto, en buena medida el mundo intelectual español habría actuado como un metabolizador, capaz de imprimir carácter, seleccionando, reorientando y transformando en términos de su propio eclecticismo, el material ideológico que consumía y re-exportaba a entornos coloniales. Entornos periféricos que, aunque estructurados de forma semejante a la metrópoli, comenzaron a delinear inquietudes e intereses propios, progresivamente peligrosos para la unidad del imperio.

Esto no es óbice, claro está, para que se reconozcan diferentes fuentes ideológicas en la Ilustración hispanoamericana; para que se admita que éstas poseyeron repercusiones diferenciales⁶²; o que, llegado el caso, pudiera hablarse de una primera influencia más moderada —netamente hispánica— y una tardía incorporación directa de las ideas más radicalizadas —francesas, norteamericanas e inglesas—⁶³. No obstante, parece poco probable que tesis como las de François López —que desestiman la contribución de la ideología ilustrada a la independencia y separan completamente la tradición de las luces hispánicas del hecho revolucionario— puedan explicar satisfactoriamente este proceso de circulación de ideas entre Europa y las colonias españolas y sus efectos sobre los hechos políticos ulteriores⁶⁴.

⁵⁹ José Carlos CHIARAMONTE, «Estudio preliminar» en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina*, pág. 38.

⁶⁰ Una tesis que retoma la idea de la existencia de una cultura española monolíticamente reaccionaria o al menos incapaz de dar lugar a sus elementos más progresivos, fue ofrecida en Carlos M. RAMA, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*, Madrid, FCE, 1982, págs. 27-28.

⁶¹ Consúltese el prólogo de José Carlos CHIARAMONTE, «Iberoamérica en la segunda mitad del siglo XVIII: la crítica ilustrada de la realidad», en *Pensamiento de la Ilustración, economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

⁶² Manfred KOSSOK, «Notas acerca de la recepción del pensamiento ilustrado», en *Homenaje a Noël Salomon. Ilustración española e independencia de América*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1979, pág. 150.

⁶³ José C. CHIARAMONTE, «Estudio preliminar» en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina*, pág. 36.

⁶⁴ François LÓPEZ, «Ilustración e Independencia hispanoamericana», en *Homenaje a Noël Salomon. Ilustración española e independencia americana*, págs. 293-294. Las ideas de López son a grandes rasgos las

Nadie duda que los protagonistas de la Revolución de mayo formaron parte de esa red y de esos circuitos de sociabilidad ilustrados que reunieron a los sectores más inquietos de la elite criolla en torno a las actividades intelectuales y políticas en las dos últimas décadas del siglo XVIII y en la primera del XIX. Esa red no nació, claro está, espontáneamente, sino que fue tejiéndose a partir de la labor de ciertos individuos que supieron aprovechar la coyuntura reformista. Una de las figuras claves de esa incipiente trama de textos y lectores fue la del canónigo santafesino Juan Baltasar Maziel⁶⁵, vástago de una familia adinerada y protegido de los obispos de Buenos Aires José Antonio de Basurco y Herrera⁶⁶, quien desempeña su cargo entre 1759 y 1761, y Manuel Antonio de la Torre, mitrado entre 1761 y 1776.

Maziel no sólo fue importante por su autoasignado rol de difusor de las luces, ni siquiera por su papel de educador formal, sino por ser el epicentro de una actividad intelectual paralela que se desarrollaba alrededor de su biblioteca y de su tertulia. Sus fondos bibliográficos, excepcionales para la época, fueron punto de referencia para gran parte de ese público ávido de leer y comentar las nuevas ideas que se abrían paso en Europa, pero que encontraban trabas importantes en el medio hispano y colonial. En dicha biblioteca —alimentada desde 1756 por la continua adquisición de nuevos volúmenes provenientes de Europa— se podían

siguientes: a) las ideas ilustradas no serían causantes del derrumbe colonial —el cual sólo se explicaría por la concurrencia de hechos y circunstancias—; b) las luces españolas nada tendrían que ver con las revoluciones americanas y c) debería hablarse de dos fases bien diferenciadas una hispánica —destinada a fortalecer la solidaridad imperial— y una franco-británico-norteamericana —destinada a justificar *a posteriori* el hecho revolucionario—.

⁶⁵ Juan Baltasar Maziel (1727-1788) fue formado por los jesuitas en el Colegio Real de Nuestra Señora de Montserrat de la Universidad Real y Pontificia de Córdoba, obtuvo el título de maestro en Artes en 1746 y de doctor en Teología en 1749. Posteriormente se licenció y doctoró en Sagrados Cánones y Leyes en la Universidad Real de San Felipe en Santiago de Chile y se graduó como abogado ante la Audiencia de Chile en 1754. En 1756 se instaló en Buenos Aires, antagonizando durante los diez años siguientes con la facción jusuítica que incluía a prelados influyentes y al propio Gobernador Pedro de Cevallos. En 1766 el obispo De la Torre lo nombró provisor y vicario general de la diócesis —cargo que mantuvo hasta 1776— y en 1769 gana la oposición para la dignidad de maestrescuela del Cabildo Eclesiástico. En 1773 la Junta Provincial lo designó provisoriamente cancelario de los Reales Estudios siendo confirmado por el virrey Vértiz, en 1783, como cancelario y regente de los Estudios del Real Colegio de San Carlos, hasta que el Virrey Loreto lo expulsó de la ciudad en 1786. Para más datos pueden consultarse las siguientes obras: Juan PROBST, *Juan Baltasar Maziel. El maestro de la generación de Mayo*, Buenos Aires, Instituto de Didáctica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1946 y José Carlos CHIARAMONTE, «Primeros pasos de la ilustración argentina» (1960), en *La crítica ilustrada de la realidad*, págs. 28-45 y del mismo autor, «Introducción» a *La Ilustración en el Río de la Plata*, págs. 55-80.

⁶⁶ La protección de Maziel fue heredada, una vez muerto el obispo en 1761, por su adinerada hermana María Josefa Basurco, quien aparece posteriormente encargándole la administración de sus bienes, nombrándolo primer albacea testamentario, donándole un importante terreno en las barrancas del Río de la Plata, organizando recepciones en su nombre, obsequiándole una casa construida a su gusto en el centro de la ciudad. (Consúltese Juan PROBST, *Juan Baltasar Maziel, el maestro de la revolución de Mayo*, págs. 74, 79, 92, 163, 190-191).

consultar las obras de Feijoo, Campomanes, Floridablanca, así como textos de Rousseau, Mirabeau, Colbert, Voltaire, Hobbes, Montesquieu y el abad Raynal, amén de otros textos franceses en ediciones originales⁶⁷.

Si bien parece excesivo exaltar el liberalismo y la heterodoxia de Maziel como lo hiciera su hagiógrafo Probst —después de todo Maziel era miembro de la Inquisición y no pocas veces se enfrentó a los portadores de las ideas renovadoras—, tampoco parece razonable hacer hincapié en su formación escolástica o su admiración por santo Tomás de Aquino⁶⁸. En realidad, si logramos apartarnos de la búsqueda de la pureza ideológica de su pensamiento, encontraremos confirmado ese eclecticismo transaccional, que era, quizás en sí mismo, portador de un cambio revolucionario en el panorama monolítico del pensamiento tradicional, en el cual habría logrado introducir una cuña de incertidumbre y pluralidad.

Por ello, los claroscuros de su experiencia pedagógica son particularmente ilustrativos de los límites ciertos a los que se enfrentaban quienes encaraban, desde dentro del orden establecido, una experiencia renovadora. Y, en ese sentido es claro que Maziel llevó al extremo las posibilidades de difusión de las innovaciones intelectuales dentro del marco del sistema político borbónico y de las realidades locales.

Aceptando, entonces, la exageración de entronizar a Maziel como el «maestro de la generación de mayo», no es del todo casual que la mayor parte del grupo de futuros revolucionarios pasara por las aulas del Colegio de San Carlos durante el período en que Maziel ofició como cancelario y regente de estudios. No porque pueda establecerse una relación mecánica de causa-efecto entre las orientaciones generales —y sumamente moderadas— que éste logró imprimir a unos estudios esencialmente escolásticos, y las posteriores actitudes de sus antiguos alumnos; sino porque, al propiciar la habilitación de un nuevo establecimiento

⁶⁷ La biblioteca de Maziel habría llegado a los 1500 volúmenes, aun cuando en el inventario de su sucesión se encuentren registrados 400. Resulta particularmente interesante el comentario de Juan Probst a propósito de la forma en que se habría podido formar tal biblioteca: «Seguramente se sirvió para su adquisición de la Compañía de Jesús, que se encargó de traer libros de Europa no sólo para sus Colegios sino también para particulares. Si consideramos que en la testamentaría del magistral se tasó la biblioteca en más de cuatro mil pesos, podemos formarnos una idea aproximada de las grandes sumas de dinero que invirtió en la compra de libros. Pero ningún sacrificio le parecía demasiado grande cuando se trataba de satisfacer su pasión por los libros, y no titubeó a recurrir hasta a préstamos para pagar las cuentas de los librerías españoles.» (Juan PROBST, *Juan Baltasar Maziel, el maestro de la revolución de Mayo*, pág. 167). Alrededor de Maziel puede verse otra figura clave de la ilustración hispánica, como el naturalista y explorador Félix de Azara (1742-1788), quien durante su estancia en Buenos Aires y sus viajes por el Río de la Plata frecuentó su biblioteca, donde habría podido leer un ejemplar en francés del *Diccionario de las ciencias naturales* del naturalista Georges Louis Leclerc, conde de Bufón. Véase José Carlos CHIARAMONTE, «Hacia la economía política» (1962), en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 54.

⁶⁸ José Carlos CHIARAMONTE, «Primeros pasos de la ilustración argentina» en *La crítica ilustrada de la realidad*, págs. 28-29.

de enseñanza de teología y filosofía en Buenos Aires, Maziel estaba promoviendo —de consuno con los funcionarios borbónicos— una apertura intelectual, al ofrecer a la elite porteña una formación alternativa a la centenaria tradición escolástica cordobesa⁶⁹.

Los futuros líderes revolucionarios Manuel Belgrano, Cornelio Saavedra (1759-1829), Juan José Castelli (1764-1812), Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia (1780-1845), Manuel Dorrego (1787-1828) fueron alumnos del Colegio de San Carlos, durante la estancia de Maziel como cancelario; Juan José Paso (1758-1833) —futuro miembro de los ejecutivos colegiados de la Revolución de mayo— actuó como profesor de filosofía en el curso de 1781; Luis José de Chorroarín (1757-1823) —escolástico reconvertido en republicano— hizo lo propio en 1784 y Lavardén fue su alumno particular a su vuelta de España. Más allá de sus ulteriores acciones y posicionamientos, todos ellos apropiaron un eclecticismo filosófico, una piedad religiosa y un espíritu reformista cuyos objetivos suponían la conciliación —cuando no la comunidad— de intereses locales e imperiales.

Al respecto, es oportuno recordar que el movimiento ilustrado rioplatense siempre pensó su programa en términos de reforma y de armonía entre colonia y metrópoli, alentado como estaba por una monarquía que promovía la renovación intelectual y cultural y que, ante todo, había impulsado activamente el desarrollo comercial y administrativo de Buenos Aires y su entorno⁷⁰.

Los proyectos, ideas y propuestas de Manuel José de Lavardén⁷¹, Manuel Belgrano, Pedro Antonio Cerviño (1757-1816), Mariano Moreno —en su *Repre-*

⁶⁹ Chiamonte advierte sobre la existencia de juicios encontrados acerca del carácter de los estudios en San Carlos, si bien parece inclinado a sentenciar que «...la orientación de los estudios en el Colegio de San Carlos, lejos de reflejar una innovación acorde con los cauces del pensamiento ilustrado de siglo XVIII, se conservó dentro de la escolástica y sólo incorporó algunos tibios reflejos de Descartes o de ciertos temas de física posterior.» Si bien reconoce que las intenciones renovadoras de Maziel apoyándose en la *Presentación...* que éste realiza al virrey en 1785 a propósito de la apertura de una cátedra de filosofía y en sus gestiones para establecer una Universidad en Buenos Aires. No obstante, no creemos que pueda deducirse de la opinión tardía de Belgrano en el *Correo de Comercio* el carácter esencialmente tradicional de los conocimientos impartidos allí, porque esta posición no deja de ser fruto de una «radicalización» posterior del ideario de los ilustrados rioplatenses. Véase José Carlos CHIARAMONTE, «Introducción», en *La Ilustración en el Río de la Plata*, pág. 70.

⁷⁰ Por supuesto, esta renovación tenía límites y el propio Maziel los experimentaría al ser contradicho por la Junta de Temporalidades en su proyecto de abrir la enseñanza de la filosofía en San Carlos al eclecticismo y la tolerancia con los modernos en 1785, y al ser finalmente desterrado por el virrey Loreto en 1786 a raíz de un conflicto entre la autoridad política y el Cabildo Eclesiástico. Los enemigos de Maziel y su propio carácter forzaron una polémica en la que sus argumentos y lealtades terminaron situándolo en una postura anti-regalista, la cual terminó justificando su expulsión de la ciudad. Para un pormenorizado relevamiento del incidente véase Juan PROBST, *Juan Baltasar Maziel, el maestro de la Revolución de Mayo*, págs. 252-342.

⁷¹ Manuel José de Lavardén expuso en una conferencia conocida posteriormente como «Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata», un proyecto para garantizar un mejoramiento de la infraestructura del

sentación de los hacendados—, Hipólito Vieytes y algunos famosos anónimos como la «Representación de los labradores de 1793», apuntaban a superar una tradición que, al bloquear el desarrollo de la economía política, impedía la implantación de un capitalismo agrario y la consecuente transformación de la economía especulativa de Buenos Aires en una economía productiva, para beneficio local y de la propia España⁷².

Esa misma realidad particular del Río de la Plata —de la que los ilustrados criollos se mostraban plenamente conscientes— y la certeza inicial de que el motor del cambio y del progreso de Buenos Aires y el nuevo Virreinato, residía en el programa reformista de los Borbones, explican por qué las ideas independentistas tuvieron una aparición tan tardía⁷³. Para este pensamiento ilustrado el desarrollo del Río de la Plata no implicaba, necesariamente, una contradicción con el desarrollo español, sino que, por el contrario, estos eran dos aspectos íntimamente vinculados de un progreso socioeconómico que se obtendría a través de una política de modernización y de explotación racional de las riquezas naturales.

Si bien esta perspectiva conciliadora no estaba destinada a sobrevivir más allá del primer lustro del siglo XIX⁷⁴, no puede ignorarse que su presencia inicial

puerto de Buenos Aires, para adecuarlo a la expansión comercial que experimentaba la capital virreinal. Véase José Carlos CHIARAMONTE, «El pensamiento económico de Lavardén», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 70.

⁷² Como argumenta Chiaramonte, este reformismo no era ajeno al contexto español: «El criterio de Belgrano, como también el de Moreno y otros, es similar. Todos claman por transformar radicalmente la educación, que estiman dominada, según Vieytes, por las *preocupaciones de que tanto se resentían los siglos bárbaros*, alusión a la época medioeval, propia del enciclopedismo. Entre los proyectos educacionales, ocupan primer lugar las escuelas para la formación de trabajadores especializados en algunos oficios manuales, entre ellos el de agricultor. Esta aspiración, que respondía a las necesidades de desarrollo capitalista, tenía antecedentes en la España de la época, donde, como es sabido, Campomanes, Jovellanos y otros se esforzaban por promover este tipo de enseñanza. El perfeccionamiento de la agricultura, mediante una adecuada educación para los labradores, es uno de los motivos más repetidos en las publicaciones del *Semanario* y en los trabajos de Belgrano. El propósito no era otro que transformar la agricultura colocándola enteramente sobre bases capitalistas». (José Carlos CHIARAMONTE «Reflexiones polémicas», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 96).

⁷³ El momento en que la élite rioplatense comienza a desviar su atención en dirección a las fuentes auténticas del pensamiento ilustrado y renovador, esbozando una búsqueda intelectual no mediada por la lectura hispánica se corresponde con la retracción del impulso reformista de la monarquía borbónica por la evolución de los acontecimientos revolucionarios en Francia y el fortalecimiento de los sectores política e ideológicamente más conservadores en la Península.

⁷⁴ «Ese tratamiento católico heterodoxo, que intentaba conciliar las exigencias de la fe, los intereses de la monarquía y las innovaciones de la Ilustración, así como no logró convencer a los fieles del catolicismo tradicional, no podía menos que revelar su insuficiencia a lectores ya aficionados a las obras más características de las nuevas corrientes de pensamiento. La generalización de esta actitud crítica se corresponde con la creciente laicización de la cultura rioplatense a fines del período colonial. Esto vale sobre todo para Buenos Aires, donde abundan los abogados y otros intelectuales laicos, y en menor medida en provincias del interior, donde la actividad cultural seguirá por lo común en manos de clérigos». (José Carlos CHIARAMONTE, «Introducción» en *La Ilustración en el Río de la Plata*, págs. 155-116).

comprometió aún más a estos hombres con el espíritu de la Ilustración hispánica. Compromiso «estructural» tan firme y duradero que, aún después de 1810 puede hablarse de una prolongación agónica de aquella influencia intelectual española en la vida política y económica del Río de la Plata.

En favor de esta tesis se puede considerar, por un lado, la presencia de claros indicios de que la propia ruptura con la metrópoli y la construcción de un poder alternativo durante el decenio revolucionario fueron «pensadas» a partir de algunas categorías propias del pensamiento político hispánico y «ejecutadas» en correspondencia con una praxis política compatible y no opuesta a su lógica⁷⁵.

Por otro lado, otro indicio que puede apuntalar la presunción de solidez de los lazos que unían ambos contextos intelectuales, es la autoridad de la que gozaron, aún luego de 1820, los economistas españoles e italianos entre la elite criolla antes y después de acceder al poder. En este sentido, la influencia del neomercantilismo napolitano⁷⁶ puede rastrearse entre los más notables intelectos de la elite y debe entenderse en el marco de una abundante circulación de las «lecturas» italianas⁷⁷ que, en algunos aspectos, oficiaban como mediadoras entre las concepciones económicas de vanguardia y el mundo intelectual y político español, y —a través de éste último— el hispanoamericano⁷⁸.

⁷⁵ José Carlos CHIARAMONTE, «Estudio preliminar» en *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la nación argentina*, págs. 30-32 y 128-144.

⁷⁶ No en vano Manuel Belgrano profundiza sus conocimientos de italiano durante su viaje a España y estudió a Galiani y Antonio Genovesi (1713-1769), dos autores que influirán decisivamente en su concepción económica y cuyas ideas inspirarán más de un artículo suyo en el *Correo de Comercio*. Gran parte de los más activos miembros del grupo más radicalizado de la Revolución de mayo debe una parte significativa de su formación intelectual —por lo menos en cuestiones económico-jurídicas— a la impronta dejada por el fiscal de la Audiencia de Charcas y defensor de los indios Victorián de Villava († 1802), quien fuera admirador y traductor de Genovesi y Gaetano Finlangieri e incorporara sus textos e ideas en los cursos de la Universidad de Charcas a la que asistieron entre otros Mariano Moreno, Juan José Castelli y Bernardo de Monteagudo (1789-1825). La influencia de los economistas italianos puede rastrearse, también, en el sincretismo económico de los fundamentos del «Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata» de Manuel José de Lavardén. En este documento se aprecian concepciones económicas tan variadas como las sustentadas en a) las teorías mercantilistas de la importancia fundamental de los metales preciosos y del saldo favorable de la balanza comercial; b) la teoría fisiócrata según la cual la agricultura es la principal fuente de riquezas; y c) el dogma liberal de la libre circulación de mercancías. Lo significativo es que el plan ofrecido por Lavardén asume, además de un eclecticismo doctrinario, una defensa explícita del vínculo colonial: «El plan propuesto por Lavardén tiende simplemente a estimular el desarrollo parcial del comercio rioplatense y conjuntamente del español. La ahincada defensa de la metrópoli y la preocupación por atender a la vez a los intereses locales y peninsulares en materia de comercio, constituyen así, la limitación más marcada en el programa esbozado por Lavardén». (José Carlos CHIARAMONTE, «El pensamiento económico de Lavardén», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 70).

⁷⁷ José Carlos CHIARAMONTE, «Economistas italianos del Settecento en el Río de la Plata», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 105-106.

⁷⁸ José Carlos CHIARAMONTE, «Iberoamérica en la segunda mitad del siglo XVIII: la crítica ilustrada de la realidad», en *La crítica ilustrada de la realidad*, págs. 156-157.

Tradición hispánica o innovación ideológica: reflexiones e interrogantes en torno a una problemática central de la historiografía argentina

Luego de proponer una organización de la problemática historiográfica de los orígenes intelectuales de la Revolución rioplatense, cabe formularse un interrogante: ¿es posible hablar de la existencia primigenia de un universo intelectual que cubría tanto a la metrópoli como a las colonias rioplatenses entre el siglo XVII y principios del XIX? La pregunta es pertinente, en tanto una respuesta rotundamente negativa podría comprometer la idea de que a partir de 1810 acaeció una auténtica «ruptura» ideológica fundamentada en el hecho revolucionario y, por ende, poner en entredicho la idea misma de una «reconstrucción» tardía de tales vínculos en la primera década del siglo XX.

Aun cuando no parece haber demasiadas dudas acerca de la existencia de esa comunidad entre el siglo XVII, la moderna historiografía argentina ha ofrecido, como hemos podido ver, valoraciones encontradas en lo que respecta a la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX, aun cuando resulta imprescindible disociar este contrapunto de la antigua polémica sobre los orígenes intelectuales del pensamiento de la Revolución rioplatense. En efecto, en tanto ni en Chiaramonte ni en Halperín se halla en juego la defensa de una filiación visceralmente hispanista o europeísta del pensamiento político rioplatense, sino el simple discernimiento de los recorridos ideológicos que llevaron a la elite criolla a romper el vínculo con España, se hallan dadas las condiciones objetivas para intentar una síntesis del todo imposible en los antiguos debates altamente politizados⁷⁹.

Reconociendo que el énfasis de la lectura de Halperín está puesto en la idea de ruptura, mientras que en la de Chiaramonte lo está en la idea de tradición, es indudable que ninguna de las dos visiones se excluyen lógicamente. Así, la interpretación de Chiaramonte no es incompatible con la idea de una ruptura revolucionaria si admitimos que la gestación ideológica de esa ruptura no estaba excluida de ser el resultado de la evolución de la propia tradición reformista

⁷⁹ Esta contraposición —estrictamente académica a diferencia de la entablada entre liberales y revisionistas— envuelve a quienes son hoy referentes insoslayables de la historiografía argentina. Paradójicamente, este lugar central que tanto uno como otro han adquirido puede ser pensado como el resultado de las oportunidades profesionales que el exilio deparó a algunos de quienes, aún habiendo sobrevivido, fueron víctimas de la persecución ideológica y política en los años sesenta y setenta. En este caso, si bien las diferencias entre ambos autores pueden explicarse apelando a razones de orden intelectual, y por qué no ideológico-político, es evidente que estas no desvirtúan el necesario equilibrio de un análisis riguroso. A propósito de estas diferencias, pueden consultarse los reportajes a ambos historiadores incluidos en Roy HORA y JAVIER TRÍMBOLI, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994.

de origen hispano. La interpretación de Halperín tampoco precisa de que esa ruptura revolucionaria haya sido el resultado de la introducción de una ideología extraña al mundo hispano, mientras no se desestime el carácter radical del cambio operado en 1810⁸⁰.

El aporte de Chiaramonte a la comprensión de las relaciones intelectuales que unían al Río de la Plata y España entre finales del XVIII y principios del XIX debe ser leído globalmente como una intervención encaminada a superar —en el terreno de un tema específico pero de decisivas proyecciones historiográficas y políticas— un aspecto básico de la problemática que absorbió a buena parte de los intelectuales entre los años treinta y setenta del siglo XX y que oponía a liberales y nacionalistas en torno al dilema de los orígenes: la filiación del hecho fundacional de la nación argentina.

Esta problemática inconducente se nutrió de dos interpretaciones opuestas, pero solidarias en sus supuestos, preguntas y enfoques. Una según la cual la génesis de la nación argentina suponía la ruptura radical de todos los vínculos —definidos como intrínsecamente negativos— con la metrópoli y la identificación con los nuevos valores, ideas y principios políticos europeos. Otra que, utilizando un argumento inverso, disolvía todo carácter auténticamente renovador en el hecho revolucionario y negaba toda raíz europea a la ideología de la emancipación. Ambas visiones se trabaron en un encarnizado debate acerca de las fuentes intelectuales del pensamiento de los revolucionarios.

Chiaramonte organizó esta discusión de forma muy eficaz al contraponer una visión liberal que supone que nada de la ideología revolucionaria provenía de la tradición hispánica, con lo que los revolucionarios serían propagadores locales de las ideas de la Ilustración y la Revolución francesas⁸¹; una visión hispanizante que se niega a admitir que esas ideas hayan sido el auténtico sustrato ideológico de la Independencia, y la propuesta nacionalista más radicalizada que se contenta con asumir el liberalismo extranjerizante de la elite rioplatense

⁸⁰ Quizás pueda decirse que la visión de Chiaramonte resulta particularmente útil para iluminar el período pre-revolucionario, mientras que la mirada de Halperín nos puede explicar magistralmente la evolución y consecuencias del proceso revolucionario. Sin pretender afirmar que uno u otro no tengan nada interesante que decir sobre ambos momentos, es evidente que la lectura halperiniana del desarrollo de la revolución puede funcionar como un estupendo control de la interpretación «tradicionalista» de Chiaramonte —en tanto esta pudiera extenderse hasta afectar la noción misma de revolución—, y viceversa, esta visión de la evolución intelectual de los revolucionarios, sea útil para controlar la interpretación en extremo «rupturista» que puede derivarse de Halperín.

⁸¹ «Una secuela de la visión liberal de nuestro proceso ideológico ha consistido en la asimilación lisa y llana del pensamiento de mayo al enciclopedismo. Los hombres de mayo serían meros repetidores, epígonos del pensamiento francés del siglo XVIII y su mérito, a falta de originalidad, consiste en el papel de propagadores, de introductores de las ideas europeas». (José Carlos CHIARAMONTE, «Reflexiones polémicas», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 75).

para cambiar de signo la valoración de los hechos y condenar al proceso revolucionario en bloque, añorando el pasado colonial⁸².

Si bien Chiaramonte afirma también que el grado de maduración social e ideológico de las elites hispanoamericanas —incluida la rioplatense— no llegaba al nivel necesario como para poder suponer que la Independencia fuera el resultado de una preparación doctrinaria y que el factor fundamental del estallido revolucionario debe ser buscado en la crisis de la monarquía española, nada de lo afirmado en sus libros puede servirnos para sostener que la Ilustración española no haya tenido ninguna influencia en el proceso revolucionario o que no formara parte del acervo ideológico puesto en juego en la edificación del nuevo poder. Allí radica la diferencia entre sus ideas y la tradición liberal y sus reediciones más sofisticadas, cuyos conceptos «no tan falsos por lo que contienen como por lo que dejan fuera»⁸³ serían incapaces de apreciar en su justa medida el carácter ecléctico del contexto intelectual rioplatense:

En cuanto a la influencia de la Ilustración europea en el movimiento intelectual anterior a la independencia —e inmediatamente posterior a ella—, multitud de trabajos parciales fueron ratificando la tesis, al compás de la recolección de numerosas menciones explícitas, en los escritos de los criollos, de autores como Montesquieu, Voltaire, Quesnay, Turgot, Condorcet, Filangieri, Genovesi, Galiani, Smith y muchos otros. Pero al compás también del análisis de contenido de aquellas proclamas, representaciones, cartas públicas y otros documentos, hubiese o no en ellos explícita mención de los escritos europeos que influían en el autor. La huella indudable y profunda del pensamiento europeo del siglo XVIII en el pensamiento iberoamericano no pudo ya negarse a la luz de la continua acumulación de comprobaciones en tal sentido. Pero en cambio, podrían ser sometidas a crítica —y así ocurrió— algunas tesis confundidas con la anterior: que la influencia de la Ilustración europea en el mundo intelectual iberoamericano entrañó una brusca ruptura con la vieja mentalidad, con el mundo del barroco y la escolástica, que esas influencias poseían todas un mismo carácter liberal y tendiente a la emancipación política y que ellas bastarían para explicar el proceso de independencia⁸⁴.

Sin embargo, este apartamiento de la tradición liberal no implica que Chiaramonte concuerde con el argumento opuesto según el cual el linaje de la

⁸² José Carlos CHIARAMONTE, «Reflexiones polémicas», págs. 76-77.

⁸³ José Carlos CHIARAMONTE, «Reflexiones polémicas», pág. 77.

⁸⁴ José Carlos CHIARAMONTE, «Iberoamérica en la segunda mitad del siglo XVIII: la crítica ilustrada de la realidad», en *La crítica ilustrada de la realidad*, págs. 139-140.

ideología independentista estaría en la escolástica suareciana⁸⁵ y su particular contractualismo⁸⁶.

Ni tampoco que acepte que las verdaderas fuentes ideológicas estarían dadas en el propio desarrollo de un pensamiento hispano-indiano basado en los aportes de Juan Solárzano Pereyra, Victorián de Villava o en los de una corriente liberal hispánica supuestamente «original», como propondría Ricardo Levene:

Esta variante pone de relieve la preponderancia del liberalismo español del siglo XVIII en la formación de los criollos, olvidando que aquellas «fuentes hispanas» abrevaron con regular consecuencia en el pensamiento europeo de su época⁸⁷.

Podría decirse, entonces, que entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX el Río de la Plata se hallaba inmerso en el mundo de las ideas ilustradas, reformistas e incluso revolucionarias no a pesar de su vínculo con la metrópoli, no a pesar del desarrollo de las ideas en España, sino por ese vínculo y por su inmersión dentro del contradictorio mundo intelectual español⁸⁸. Por lo que, aun cuando los ilustrados rioplatenses trazaran un rumbo rupturista *a posteriori*, no puede decirse que esa misma ruptura no estuviera incubada, al menos en el plano de la lógica, dentro de las propias ideas españolas.

En efecto, el propio contexto intelectual español —tensado por una oposición entre tradición y renovación— estaba a su vez conectado con el europeo; por lo que la antítesis planteada por la historiografía argentina entre europeísmo e hispanismo sería fundamentalmente falsa, en tanto la entrada de ideas europeas en el ámbito colonial estaba materialmente e ideológicamente mediada por la realidad política española y por la lectura hispánica de las luces.

De allí que la pregunta central no deba indagar ya, por las «fuentes ideológicas», sino por las formas por las cuales la elite rioplatense utilizó el apoyo

⁸⁵ José Carlos CHIARAMONTE, «Introducción», en *La Ilustración en el Río de la Plata*, pág. 52.

⁸⁶ «Baste conocer ligeramente los escritos de los criollos en la época de la independencia para comprobar la absoluta carencia de fundamentos de la tesis de Furlong. En primer lugar no corresponde asignar a la doctrina del contrato social el papel desmesurado que le asigna Furlong entre las armas ideológicas de los hombres de mayo. Concediéndole a la obra de Rousseau el lugar adecuado dentro de las influencias del pensamiento del siglo XVIII (no hay que olvidar que su formulación contractualista no fue la única dentro del pensamiento político de la Ilustración), los escritos de los criollos... demuestran perfectamente que su contenido ideológico se hallaba impregnado por las ideas que la independencia norteamericana y el proceso renovador y revolucionario europeo propagaban por todo el mundo». (José Carlos CHIARAMONTE, «Reflexiones polémicas», en *La crítica ilustrada de la realidad*, pág. 80).

⁸⁷ José Carlos CHIARAMONTE, «Reflexiones polémicas», pág. 77. El argumento de Levene está desarrollado en Ricardo LEVENE, *Vida y escritos de Victorián de Villava*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1946.

⁸⁸ José Carlos CHIARAMONTE, «Iberoamérica en la segunda mitad del siglo XVIII: la crítica ilustrada de la realidad», *Pensamiento de la Ilustración*, pág. XVIII.

de elementos ideológicos para organizar los nuevos estados. A partir de esta nueva perspectiva, las estrategias de investigación prioritarias no deberían estar orientadas a la determinación de las «raíces esenciales» del pensamiento nacional, sino a la reconstrucción de esos complejos circuitos ideológicos. La misma técnica de exhumar paralelismos textuales quedaría en entredicho en tanto instrumento confiable para identificar deudas y apropiaciones ideológicas. ¿Cómo demostrar una filiación intelectual unívoca basándose en una exégesis de los textos? Tulio Halperín Donghi planteó tempranamente la imposibilidad de desbrozar en el pensamiento político moderno lo que conforma parte de una tradición y lo que constituye una idea original, y el forzamiento que implicaría adjudicar un antecedente unívoco al pensamiento analizado⁸⁹.

Esto hace que el camino más seguro sea el de reconstruir ciertos recorridos de los soportes físicos de las ideas, la organización y circulación interna de los mismos, y la observación de las experiencias de los propios miembros de la elite ilustrada. La consideración y el análisis de estos elementos —y no sólo la genealogía abstracta de las proposiciones teórico-ideológicas— puede aportar indicios necesarios para filiar ideas y comprender mejor las complejas relaciones que existían entre los centros de producción e innovación intelectual, España y la lejana periferia rioplatense.

⁸⁹ «Acaso en ninguna historia de ideas se entretujan tan tupidamente tradición y originalidad como en la del pensamiento político. Examinemos cualquier gran sistema de pensamiento político moderno: el de Suárez, el de Locke, el de Rousseau, ¿hay en todo él muchas ideas que son efectivamente de Suárez, de Locke, de Rousseau? Sin embargo, la originalidad del conjunto es indudable: está dada por el modo de utilizar esas ideas, por la estructura que con ellas se erige, por las consecuencias que de ellas se deducen, por las tendencias que expresa en lenguaje pulidamente racional. Todo eso, naturalmente, se pierde cuando un autor no basta entonces con haberlos hallado en él: es necesario demostrar que eran conocidos por quien supuestamente los ha tomado a través de ese antecedente preciso y no de otro. Tanta cautela no ha sido por cierto la característica más notable de los estudiosos en busca de antecedentes españoles para la ideología revolucionaria: para uno de ellos [Guillermo Furlong], aun la reminiscencia romana de algún orador del 22 de mayo, que recuerda que la salud del pueblo es la ley suprema, no deriva de la clase de retórica, sino de la lectura de las obras del Doctor Eximio... Y acaso estas imprudencias sean necesarias si el estudioso no quiere quedarse sin tema. Frente a la rápida alusión contenida en un discurso del cual un acta nos da un escueto resumen poco atento a matices ideológicos, ¿cómo emprender indagación tan estricta? Al cabo, si con métodos más laxos se obtienen resultados menos firmes, siempre sería difícil probar más allá de toda duda la falsedad de estos últimos: aun en el ejemplo extremo antes citado, cuyo carácter absurdo parece evidente a todo lector dotado de buen sentido, no es del todo seguro que el orador en cuestión no hubiese llegado a conocer el milenario lugar común a través de las obras de Suárez... He aquí la austera reconstrucción de una genealogía de ideas reducida al papel de la más inexacta de las tareas científicas». (Tulio HALPERÍN DONGHI, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1985).